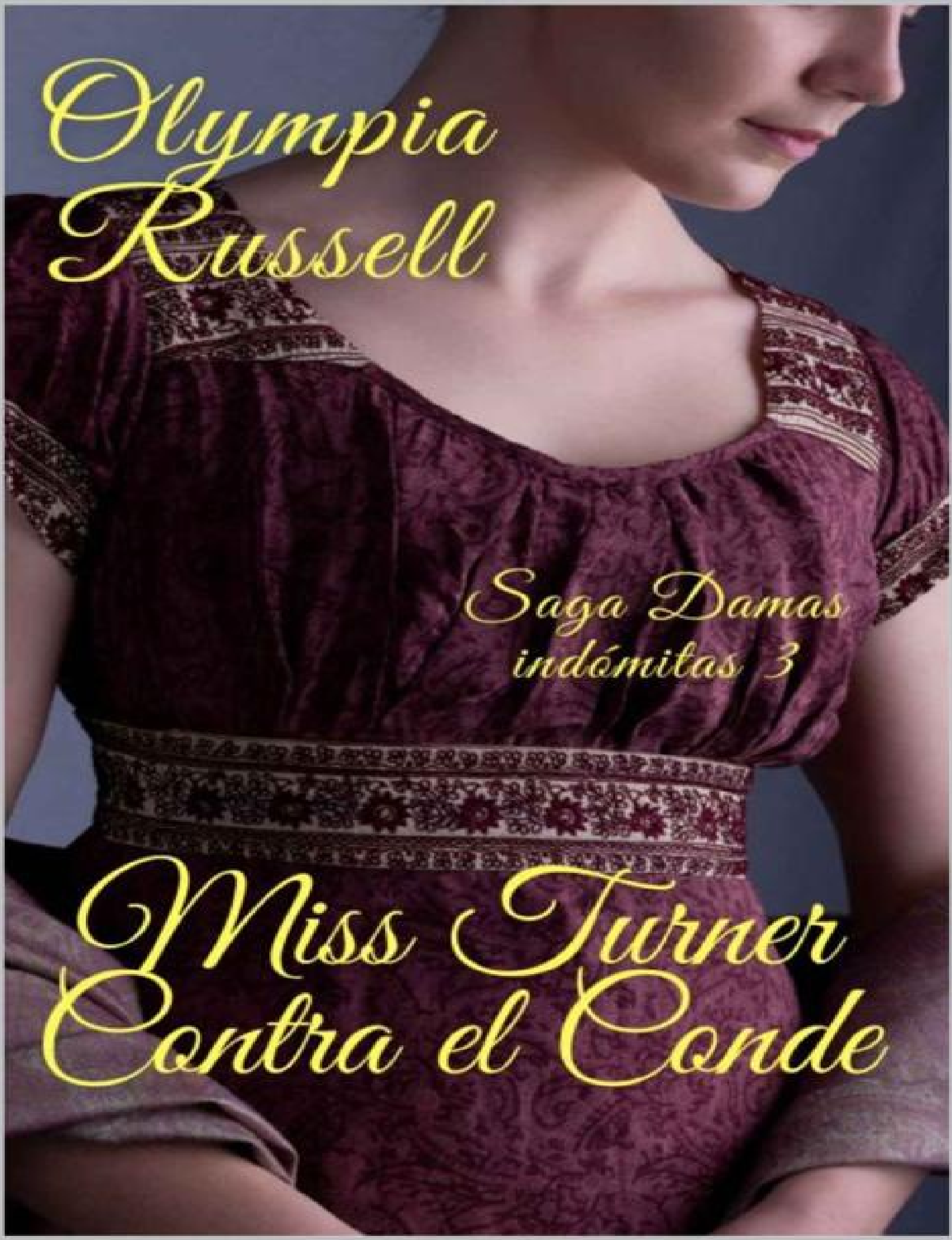

Olympia Russell
Saga Damas indómitas 3
Miss Turner Contra el Conde

Miss Turner contra el Conde

© Miss Turner contra el Conde.

© Olympia Russell. M. Jiménez 2024

© Fotografía de la portada: Kathy Servian: www.servianstockimages.com

Todos los derechos reservados.

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de este libro de cualquier forma o por cualquier medio sin permiso escrito de la propietaria del copyright.

Esto es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

NOTA INTRODUCTORIA:

En esta novela se cuentan hechos que se desarrollan en novelas anteriores. Se pueden leer de manera independiente, pero si quieres empezar con las novelas anteriores, puedes encontrarlas aquí: Espiando a un Duque y Una Rosa para un Vizconde .

Prefacio

La niña no lloraba. Tendría seis años, ocho a lo sumo, pero no soltaba ni una lágrima. Sus enormes ojos verdes ocupaban una buena parte de su rostro, pero no estaban ni siquiera humedecidos.

Mary Cooper tenía veinticinco años y acababa de ponerse al frente de un proyecto que iba a ocupar toda su vida, en cuerpo y alma. Había puesto en marcha, con la ayuda de algunas personas poderosas, un lugar para acoger a mujeres que querían ser independientes y libres. Se trataba de un proyecto clandestino, ya que para que fuera exitoso, nadie debía conocerlo. Un proyecto que le ilusionaba, en el que creía y por el que pensaba luchar y enfrentarse a cualquier contratiempo.

Pero el contratiempo con el que se encontraba en ese momento no lo había previsto. Había venido, cómo no, de la mano de Charles McKay, miembro destacado del parlamento británico y uno de los impulsores del refugio de mujeres.

McKay había aparecido esa mañana, sin avisar, con aquella niñita agarrada de su mano.

—Mary, te traigo una nueva inquilina para el refugio — le había dicho al entrar en su despacho sin llamar, como hacía siempre, para disgusto de Mary, que no soportaba esa costumbre.

Mary se había quedado mirando a la niña y a McKay alternativamente sin entender.

—Pero…, es demasiado pequeña —le había dicho, titubeante —. Esto no es un orfanato —había terminado, ya con voz más firme.

Agradecía a McKay que se hubiera convertido en protector del refugio, sin su apoyo no lo habría conseguido nunca, pero el proyecto era suyo y tenía muy claro en qué consistía: se

trataba de crear un lugar acogedor en el que mujeres adultas pudieran vivir en libertad sin la tutela de ningún hombre: ni maridos ni hermanos ni padres.

Mujeres adultas.

Y lo que tenía delante de sus ojos era una niña.

No, no pensaba convertir su proyecto revolucionario en un orfanato. Para eso había otro tipo de lugares que…

—Es un caso excepcional —le dijo McKay, cortando sus pensamientos —han asesinado a su madre y el asesino ha escapado. La niña corre peligro. He pensado que podrías hacer una excepción. Una más.

Esa información hizo que Mary mirara a la niña de otra manera. Fue en ese momento cuando se fijó en que tenía los ojos secos. Si era cierto lo que acaba de decirle McKay, y era absurdo pensar que le estuviera mintiendo, la niña debería estar destrozada y, si no llorando, con huellas en su rostro de haberlo hecho. Pero no era así.

La niña estaba seria, muy seria, pero se la veía entera y dueña de sí.

Y eso era lo más llamativo de su presencia, mucho más que su llamativo pelo rojo, que lucía suelto y en una cascada de rizos.

Y esa actitud fue la que terminó de convencer a Mary para hacer una excepción.

Una más, como había dicho el propio McKay, ya que él era la primera excepción, por ser el único hombre que tenía permitida la entrada en el refugio de mujeres.

—De acuerdo, Charles, la acepto, pero solo durante unos días, vete buscándole un lugar alternativo y seguro, porque aquí no se puede quedar.

Unos días después, cuando la niña empezó a hablar —y ya no calló —Mary supo que, en realidad, tenía diez años, pero era tan pequeñita que aparentaba menos.

En cualquier caso, seis o diez años, era demasiado pequeña para haber sufrido lo que había sufrido y seguía siendo un misterio que fuera capaz de aguantarlo sin un lamento, sin una lágrima.

También resultó admirable la forma en que se adaptó al entorno nuevo, convirtiéndose

en una niña parlanchina y adorable. Tan adorable, que el plazo de “unos días” que había marcado Mary se fue alargando, las semanas pasaron, también los meses. El peligro que corría desapareció, pero Lizzy continuó viviendo en el refugio.

Habían pasado dieciocho años desde que Lizzy Turner había empezado a vivir en el refugio de mujeres libres. Era la alojada de más antigüedad y algunas cosas habían cambiado desde aquel día:

Charles y Mary habían limado sus desencuentros iniciales y Mary ya no se enfadaba con él cuando aparecía sin avisar y entraba sin llamar en su despacho.

Lizzy había dejado de ser una niña y también había dejado de ser dócil.

En cuanto entró en la adolescencia, se le manifestó un carácter fuerte y, a veces, ingobernable. Lo peor de todo era que algunas veces sacaba un genio vivo con personas que no le habían hecho nada. Tenía, sobre todo, especial fijación con las personas de la alta sociedad, ya que las asociaba con el asesino de su madre, que, había descubierto, había sido un noble.

Lo que no había cambiado era el aprecio que Mary y Charles tenían por ella: Lizzy era pendenciera y difícil, pero, a sus ojos, seguía siendo aquella niñita desvalida que, justo porque intentaba aparentar fortaleza en el peor momento de su vida, les había llegado tanto al corazón.

Capítulo 1

—Estoy satisfecho, los hemos derrotado sin paliativos.

La voz grave de Nicholas Shaw, Conde de Skyland, transmitía seguridad y satisfacción. Nicholas, además, tenía una presencia imponente, era alto, muy alto, tenía hombros anchos y brazos musculosos, al igual que el resto del cuerpo. Andaba erguido y con aplomo y la ropa le sentaba como un guante.

Ese día en concreto estaba espectacular: llevaba un traje de color azul noche, una camisa de seda blanca, un pañuelo blanco rodeando su cuello y un abrigo negro hasta los pies, del mejor paño de la mejor sastrería de Londres. Las botas de cuero altas, el sombrero de copa y el bastón que empuñaba en su mano derecha terminaban de coronar un aspecto impresionante. Nicholas era uno de los hombres más atractivos de Londres y, aunque permanecía soltero a sus treinta y tres años, lo hacía tan solo porque tenía tanto dónde elegir, que no terminaba de hacerlo.

Desde que había sido presentado en sociedad como candidato a casarse, a los veintiún años, había tenido un éxito rotundo con las posibles pretendientes. No solo era atractivo físicamente, con su cuerpo perfecto, su pelo castaño ondulado y sus ojos grises, era además dueño de un título inmejorable: el de Conde de Skyland, y una enorme fortuna.
Era, de hecho, uno de los mejores partidos de toda la aristocracia londinense.

Por eso mismo, podría haberse casado con el mejor partido femenino cada año, pero hasta entonces había declinado hacerlo.

No tenía prisa, por el momento había preferido seguir disfrutando de su vida de soltero.

Además de que siempre pensaba que las debutantes del año siguiente podían ser mejores.

En aquel momento, cuando su frase contundente había sonado a la salida de la Cámara

de los Lores, Nicholas iba acompañado de su buen amigo Ackerly Cameron, Duque de Milburn, miembro también de la Cámara de los Lores. No tan espectacular como su amigo, pero también muy atractivo y con buena fortuna.

Ambos salían de una sesión que había sido bastante bronca, pero que había acabado de la mejor manera posible: habían ganado la votación por mayoría aplastante. De hecho, sólo había habido tres votos contrarios a su postura, el de Melvin David, Vizconde de Rockfield, el de Broden McLennan, Duque de Shetland y el de la persona que había llevado el tema a la cámara y lo había defendido ante él de manera intensa y agresiva: Charles McKay.

La discusión entre McKay y él había ocupado casi toda la sesión, había sido dura, intensa y desagradable en algún momento, aunque sin llegar a los insultos y descalificaciones personales, ya que por algo eran caballeros ambos.

Pero el resultado final no había reflejado la igualdad que se había dado en la discusión entre ambos, ya que se había inclinado casi en su totalidad por la postura defendida por Nicholas.

Normal.

No podía ser de otra manera.

McKay era muy hábil discutiendo, manejaba el lenguaje como nadie y sabía argumentar de manera excepcional, pero lo que había defendido aquel día era indefendible.

Ridículo.

Absurdo.

McKay había llevado a votación una propuesta de la que se hablaba desde el año anterior, cuando se había aprobado la Ley de Reforma.

Gracias a esa ley, la participación del pueblo inglés en la vida política iba a ser mayor, permitiendo que uno de cada seis hombres adultos pudieran votar.

Era una mejora considerable que había costado sacar adelante y con la que Nicholas había estado de acuerdo.

Con lo que no había estado de acuerdo en ningún momento era con el intento de ampliación de la ley que había propuesto Charles McKay: dar esa opción de voto también a las

mujeres.

Aquella propuesta había sacado en un primer momento su carcajada, y la de muchos lores, pensando que se trataba de una broma.

Pero no lo era.

De hecho, un año después de aprobar la Ley de Reforma, McKay había conseguido llevar aquel despropósito a votación y habían estado una mañana entera, esa misma mañana, discutiendola.

Con ferocidad.

Por suerte, el resultado de la votación había reflejado lo que él internamente ya sabía: que lo que proponía McKay era algo absurdo que nadie se tomaba en serio.

Las mujeres no iban a tener derecho a voto jamás, ¿qué tontería era aquella? Su lugar era el hogar y, como mucho, los salones de baile donde él continuaba buscando la aspirante ideal para convertirse en su esposa.

Para ser honestos, era cierto que la idea no era exactamente de McKay. Nicholas leía la prensa y los libros que se publicaban, sabía que había una corriente subterránea de pensamiento que reivindicaba el sufragio femenino desde hacía tiempo, una corriente que era defendida por muy pocas personas y con poca influencia en los círculos de poder, quitando McKay.

Siempre había gente para todo.

Por suerte, todo había salido como él había previsto y todo iba a quedar como una anécdota, pensó, satisfecho, mientras continuaba hablando con su amigo Ackerly, después de enfilar en dirección a Trafalgar Square.

Capítulo 2

Primero notó algo en la pierna. Algo blando y, por qué no decirlo, agradable.

Pero esa sensación duró un instante nada más, enseguida, otras sensaciones, desagradables, se impusieron.

Muy desagradables.

Primero el olor. Un olor intenso.

Luego el golpe, a la altura del pecho.

Después perdió la vista, pero no por un problema interno, sino porque algo había caído sobre su cara.

Algo blando, pero ya no agradable, sino maloliente y viscoso.

Y precisamente fue esa viscosidad la última impresión que tuvo, cuando apartó con su mano lo que había caído sobre su cara y recuperó la vista.

Justo en ese momento entendió qué era lo que había caído sobre su cuerpo y de dónde procedía.

Una loca de pelo rojo y ojos verdes que echaban fuego le acababa de tirar barro maloliente y no una vez, sino tres:

La primera había manchado sus pantalones y el abrigo.

La segunda, su pañuelo y camisa.

la tercera, había caído en medio de su cara.

Capítulo 3

—Las cosas no se hacen así, Lizzy.

Charles McKay acababa de sacar a Lizzy del calabozo y ambos acababan de poner un pie en la calle cuando él se dirigió a ella de forma amable pero autoritaria.

Esta vez Lizzy merecía una reprimenda, por mucho que fuera su ojito derecho. Y por mucho que él tuviera motivos para estar de su lado.

Pero Lizzy no se alteró al ver a Charles enfadado, al contrario, se mantuvo en sus trece.

—Claro que se hacen así, Charles, y tú lo sabes mejor que nadie.

McKay suspiró. Conocía a Lizzy como la palma de su mano y sabía que no servía de nada contradecirle, al contrario, aquello le encendía más y le hacía decir, y hacer, cosas más extremas aún.

Pero también sabía que era inteligente y conocía los límites y, a regañadientes, los aceptaba. Así que optó por callarse. Iba a dejarle a Lizzy la victoria pírrica de decir la última palabra, como si tuviera razón, pero lo hacía sabiendo que ella había entendido el mensaje y no volvería a repetir el hecho que le había llevado a acabar en el calabozo.

Porque Lizzy esta vez se había pasado de la raya.

Mucho.

Y al mismo tiempo había hecho algo que a él le producía satisfacción y ganas de reír a carcajadas. Una satisfacción y una carcajadas que disimulaba ante ella, por supuesto.

Debido a los acontecimientos que habían acabado con el asesinato de su madre y tras

descubrir, años después, que el asesino era un noble, unos acontecimientos y circunstancias que sólo Mary y Charles conocían, Lizzy odiaba a los miembros de la alta sociedad. Los odiaba intensa e indiscriminadamente.

Esa animadversión había provocado algunos conflictos y posteriores llamadas de atención de Mary y McKay en el alojamiento de mujeres libres.

Como se trataba de un sentimiento arbitrario, Lizzy se había portado mal con dos de las jóvenes que habían vivido en el alojamiento por el solo hecho de pertenecer a la nobleza: Georgia Phillips y Rose Harris.

Se había tratado de un comportamiento injusto e intolerable que, por suerte, no había llegado a mayores y se había reconducido, porque, tal y como McKay esperaba que ocurriera ahora, Lizzy era capaz de comportarse y mantener límites, aunque se negara a reconocerlo expresamente.

Al final Lizzy había llegado a tener una relación afable con Rose, algo que no había sido difícil, ya que Rose era dulce y pacífica. Y respecto a Georgia, no habían llegado a ser amigas, Georgia también tenía un carácter fuerte y endemoniado, pero al menos habían mantenido un pacto de no agresión mutua.

En aquel momento Rose y Georgia ya no vivían en el alojamiento, ya que se habían casado, así que la mayor fuente de conflictos había desaparecido. Lizzy continuaba soltando proclamas contra los privilegiados y los nobles a todo aquel que le quisiera escuchar, pero no iba más allá.

Pero el día anterior Lizzy había dado un paso más. Un salto al vacío que le había traído una consecuencia muy desagradable: una noche en el calabozo.

Y que podía traer consecuencias peores.

Todo había empezado unas semanas antes.

Lizzy era una asidua lectora de la prensa, que se recibía religiosamente todas las mañanas en el alojamiento. La mayoría de las chicas no tenía interés, pero Lizzy, al igual que Mary, era una asidua lectora de las columnas sobre política.

Unas semanas antes del hecho que le había llevado al calabozo, Lizzy se había enterado de que en breve se iba a debatir un tema controvertido: el sufragio femenino.

Hasta entonces nunca había mostrado interés por ese tema, bastante había tenido con su cruzada contra las clases privilegiadas, pero en cuanto leyó sobre él, lo añadió a su lista de causas por las que merecía la pena luchar.

Curiosamente, aunque se enteró también de que el defensor del sufragio femenino en la Cámara de los Lores iba a ser McKay, Lizzy no había hablado de aquel tema con él.

Bueno, más que curioso, se había tratado de una estrategia por parte de ella: si McKay hubiera sabido de antemano cuáles eran sus intenciones, se lo habría impedido.

Así que se había mantenido callada. Se había limitado a estar informada por la prensa y había empezado a prepararse para estar cerca de la Cámara de los Lores el día de la discusión: quería estar enterada de primera mano de lo que ocurría con la votación.

Así que Lizzy había salido la mañana de la votación rumbo a la Cámara de los Lores sonriente y enérgica, dispuesta a ser testigo de un avance maravilloso.

Como no era ingenua, sabía que ganar la votación era casi imposible, pero le hacía ilusión que hubiera una mínima posibilidad. Y también le hacía ilusión que fuera precisamente McKay quien fuera a defender el sufragio femenino.

Al llegar a la zona del palacio de Westminster se dispuso a esperar con el ánimo optimista. Daba por hecho que la resolución no saldría adelante, pero esperaba que varios de los lores la respaldaran. Si eran más de diez, se podría considerar una victoria.

Lizzy aguantó fuera cuatro horas, que fue lo que duró la discusión. Mucho más de lo que se había previsto y que era señal de que la lucha estaba siendo encarnizada. Pero cuando empezaron a salir los primeros lores y se enteró del resultado de la votación, se llevó un disgusto enorme.

Solo tres lores habían respaldado la proposición de McKay.

Un tal Nicholas Shaw, Conde de Skyland, había conseguido convencer al resto.

Aquello era un desastre.

Y Lizzy tenía muy mal perder.

Así que en cuanto vio salir al responsable de que aquello hubiera ocurrido, tal y como le señaló un ujier del que había ganado su confianza durante aquellas cuatro horas, Lizzy fue incapaz de controlar sus impulsos y sacó toda su rabia cogiendo con sus manos enguantadas barro de un charco cercano y echándoselo encima al susodicho Conde.

Y no una, sino tres veces.

Luego vino la detención inmediata y acabar con sus huesos en una celda húmeda y maloliente, pero nada de eso le importó, estaba contenta y satisfecha con lo que había hecho.

Y acababa de encontrar una nueva figura a la que odiar intensamente, una figura que aunaba las dos cosas que más odiaba en esta vida: era noble y no respetaba a las mujeres.

Capítulo 4

McKay había sido testigo de lo ocurrido, sin terminar de dar crédito a lo que transcurría ante sus ojos.

Había visto a Lizzy antes que nadie, en una esquina. Su pelo rojo destacaba mucho, al menos para él, que tenía especial sensibilidad por ese color de pelo.

Era el color del pelo de su madre, Faith McKay, una mujer de armas tomar, madre soltera, orgullosa, y la primera mujer que había liderado un clan escocés, labor que a sus 65 años seguía llevando a cabo con mano firme y segura.

Por eso, en cuanto una mata de pelo rojo apareció en su campo visual, McKay distinguió inmediatamente a Lizzy.

En un primer momento pensó acercarse a ella, pero su mente le puso en alerta: ¿qué hacía allí Lizzy? Aquello no era normal, no era un lugar en el que debería estar, ya que no tenía relación con la cámara de los lores.

Como McKay salía un poco disgustado después de perder tan estrepitosamente la votación de un tema que había previsto difícil, pero no que iba a ser tan ampliamente rechazado, le costó un poco aclarar su mente para ocuparse de la presencia de Lizzy.

Por eso, cuando la vió agacharse y coger algo del suelo, no se le pasó por la cabeza que estuviera recogiendo barro.

Siguió sin entender cuando el primer proyectil de lodo aterrizó sobre los pantalones de Nicholas Shaw.

Fue con el segundo cuando se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo, y con el tercero de por qué.

Lizzy se había acercado interesada por la discusión dentro de la cámara de los lores y,

frustrada al enterarse del resultado, la había tomado con quien creía que era culpable.

Con quien realmente era culpable.

Y McKay no había sido capaz de reaccionar en un primer momento.

Conocía a Lizzy, sabía de lo que era capaz, pero aquello era demasiado.

Lo cierto es que, aunque hubiera reaccionado, no habría podido hacer nada. Los agentes del orden habían reaccionado inmediatamente y la habían llevado en volandas al calabozo.

McKay se había quedado paralizado mirando toda la escena, y viendo también cómo Shaw intentaba limpiarse con un pañuelo y con las manos, consiguiendo lo contrario de lo que buscaba: mancharse más.

Después sí había sido capaz de reaccionar.

Primero le había mandado una nota con un mensajero a Mary y con ayuda de los maridos de dos antiguas moradoras del refugio, Broden McLennan, Duque de Shetland, y Melvin David, Vizconde de Rockfield, había conseguido sacar a Lizzy de la cárcel veinticuatro horas después de que entrara.

McKay había tenido claro que aquel movimiento podía volverse en contra de Lizzy, ya que en cuanto Nicholas Shaw se enterara de que solo había pasado veinticuatro horas en el calabozo, se enfadaría aún más, pero decidió arriesgarse, ya que no podía soportar que una de las personas más queridas por él estuviera encerrada.

Capítulo 5

No andaba desencaminado McKay con sus temores.

Shaw se enteró de que Lizzy Turner había salido de la cárcel a los pocos minutos de que ocurriera y, efectivamente, tal y como había supuesto McKay, no se lo tomó nada bien.

Sentado en la galería de su palacio, situado en el mejor barrio de Londres, había recibido una nota con la confirmación de la libertad de la endemoniada pelirroja, como él la llamaba para sí mismo.

Y había tirado al suelo la taza de té que estaba tomando, haciéndola añicos, asustando a la doncella que le había servido y mostrando, por primera vez en su vida, una falta de control absoluta sobre sus emociones.

Él, que era famoso por su frialdad.

Por su saber estar.

Por su carácter calculador, su inteligencia y su manejo de las emociones para conseguir lo que quería.

Pero las últimas veinticuatro horas habían puesto su vida, y la imagen que tenía de sí mismo, totalmente patas arriba.

El ataque de rabia incontrolada le había durado tan solo unos segundos, inmediatamente se había hecho dueño de sí mismo de nuevo y había recogido él mismo los trozos de loza rotos, sin dejarle a la doncella hacerlo, para recordarse a sí mismo que no debía descontrolarse más.

Luego había sacado su voz grave y segura de siempre para decirle a la asustada muchacha:

—Se me ha escapado de las manos, Dolly, no te preocupes y tráeme otra, por favor.

Una mentira evidente que la joven no puso en cuestión, por supuesto, y que le sirvió a él para recobrar la compostura de nuevo.

Y para trazar un plan.

Investigaría quién era aquella pelirroja endemoniada y por qué le había atacado, investigaría qué tipo de contactos poderosos tenía para conseguir salir del calabozo tan rápidamente y después, pondría en marcha una venganza.

Capítulo 6

Solo necesitó unas horas más para empezar a encontrar respuestas.

Al parecer, la endemoniada pelirroja tenía algún tipo de relación con Charles McKay, su mayor rival político, y había sido él quien había movido los hilos para sacarla del calabozo.

La información era desconcertante, ya que la mujer, aunque apenas la había visto, distaba mucho de ser alguien a quien McKay pudiera proteger.

Por sus ropas, por su forma de moverse, estaba claro que era alguien del pueblo llano, que no pertenecía a la aristocracia.

Por otro lado, aunque tenía un pelo llamativo y era aún joven, le había parecido vulgar y poca cosa, lejos de ser una belleza que pudiera explicar el interés de McKay por ella.

Estuvo un buen rato dándole vueltas a aquel dilema hasta que se le ocurrió la solución.

¡¡¡Todo lo había orquestado McKay!!!

Seguro que la endemoniada pelirroja era tan solo una desequilibrada a la que él había contratado para atacarle.

Sí, tenía que ser aquello.

Seguro que McKay había querido vengarse por la pérdida de la votación, la había previsto y había orquestado aquel ataque para humillarle.

Cuando se le ocurrió esto, Nicholas Shaw volvió a sentir una ira enorme, pero le duró tan solo algunos segundos: aquella teoría encajaba…, pero no lo hacía en absoluto.

McKay y él eran rivales políticos y el día del ataque habían tenido un intercambio especialmente duro. Pero no había sido el único, ni siquiera el más agresivo, de todos los que había protagonizado en su vida.

Llevaban años chocando en sus debates en la cámara de los lores y, aún así, manteniendo una relación educada, cordial incluso cuando se encontraban en entornos alejados del parlamento.

Era absurdo pensar que McKay hubiera organizado algo así.

Había pasado más de un día desde el ataque y seguía sin tener ni idea de por qué había ocurrido y del papel de McKay en todo aquello.

Capítulo 7

—¡Es su hija!

Nicholas llevaba un par de horas levantado. Se había despertado temprano, había hecho sus ejercicios diarios —le daba mucha importancia al cuidado de su privilegiado físico— y había desayunado en la galería. Nada diferente a lo que hacía cualquier día.

Pero, en realidad, todo había sido diferente. Ni desayunando ni haciendo deporte había sido capaz de disfrutar, y todo porque no había sido capaz de quitarse de la cabeza a la endemoniada pelirroja.

Y no solo a ella, sino al misterio que rodeaba a todo lo que había ocurrido con ella: su ataque sin sentido y, sobre todo, la intervención de McKay para sacarla del calabozo.

Hasta que, de repente, justo cuando había conseguido pasar un minuto sin pensar en ella, la solución le había venido a la mente.

¡¡Era su hija!!

No había otra explicación posible.

McKay era aún un hombre joven, tendría unos diez años más que él, calculó Shaw, pero eso no le impedía haber sido padre de la pelirroja.

Lo cierto era que no tenía ni idea de cuántos años tenía ella: apenas la había visto, ya que bastante había tenido con quitarse el lodo de encima, pero le había parecido joven.

Así que decidió creer eso.

Tenía que ser su hija.

Era la única explicación.

Una explicación que encajaba en por qué le había atacado: intentaba vengar la

humillación a su padre.

También encajaba perfectamente para explicar por qué McKay había utilizado todos sus contactos para sacarla de la cárcel: era su padre ¿qué no hacía un padre por sus hijos, aunque fuera ilegítimos?

Para terminar de afianzar esa suposición, Nicholas recordó que el mismo McKay era hijo ilegítimo. Su padre, Fitzjames Dankworth, Duque de Silesmount, ya retirado de la vida política, había sido uno de los lores más poderosos de Gran Bretaña. Curiosamente, aunque McKay era progresista, su padre había representado a la facción más conservadora y reaccionaria dentro de la cámara de los lores, justo la que en la actualidad representaba él mismo: la vida producía a veces esos giros insospechados.

Aunque bien mirado, no era tan insospechado, ya que la madre de McKay era una escocesa pelirroja de armas tomar, la única mujer que había conseguido liderar un clan escocés.

Nadie se explicaba cómo el poderoso Fitzjames Dankworth y la indómita escocesa habían llegado a tener relaciones y concebir un hijo. Lo que sí estaba claro era que no se había tratado de una violación o relaciones indeseadas, ya que Faith McKay, que así se llamaba la madre de Charles, no solo no lo había ocultado, sino que había llevado su embarazo con orgullo. Además, no había provocado ninguna guerra, algo que, sabiendo como era Faith McKay, habría ocurrido sin duda en el caso de que Fitzjames Dankworth la hubiera forzado.

Nicholas no solía perder el tiempo en ese tipo de habladurías ni le había interesado nunca la historia de McKay y sus circunstancias, ahora solo le había venido a la mente para intentar buscar una explicación a lo que había ocurrido.

Y la explicación no podía haberle resultado más satisfactoria: McKay había sido engendrado de manera ilegítima y extraña, tenía sentido que él hubiera repetido su historia engendrando a su vez una hija ilegítima, con el mismo pelo y carácter endemoniado que su madre.

Y al igual que su padre le había protegido a él, reconociéndole y abriéndole las puertas de la alta sociedad, Charles McKay protegía a su hija.

Con la respuesta correcta al porqué, Nicholas se tranquilizó, aunque eso no significaba que iba a dejar las cosas como estaban: seguía pensando vengarse.

Capítulo 8

—No, no es mi hija.

Los acontecimientos se habían desarrollado de forma vertiginosa, así que Nicholas tardó unos segundos en entender lo que aquella frase quería decir: que toda su explicación lógica no servía para nada. Que el misterio continuaba.

Todo había transcurrido así:

Nicholas había terminado su té con una sonrisa en los labios y el espíritu en calma por fin, después de cuarenta y ocho horas de no entender nada.

Cuando daba el último sorbo a la dulce bebida, un criado había anunciado una visita inesperada: Charles McKay se había presentado sin avisar.

Él le había dicho al criado que le dejara pasar, por supuesto, pero intrigado y un poco aprensivo, ya que su relación con McKay no estaba en su mejor momento.

Al principio todo había transcurrido de manera perfecta, no en vano, tanto McKay como él eran unos caballeros y, a pesar de las rivalidades políticas, se respetaban.

McKay había empezado pidiendo disculpas por presentarse de aquella manera intempestiva. Inmediatamente después de estas primeras palabras de cortesía, McKay había ido al grano y le había vuelto a pedir disculpas, esta vez, dejando a Nicholas con la boca abierta, ya que le pidió perdón por la actitud de la pelirroja, a la que llamaba Lizzy.

Le había dicho que su comportamiento había sido injustificable, pero no acabaron ahí sus disculpas, que, en realidad, no le correspondían a él, ya que quien se había comportado indecorosamente había sido la endemoniada pelirroja. Inmediatamente, McKay se había centrado en la parte más complicada y delicada y donde su participación si había sido activa:

—Supongo que ya sabes que Lizzy salió ayer del calabozo y que fui yo quien lo gestionó —le dijo serio, pero firme.

—Lo cierto es que sí —contestó Nicholas, más serio y un poco tenso.

—Tengo que disculparme una vez más, Nicholas —Dijo tan solo en un primer momento McKay.

—Ya —contestó Nicholas seco, porque esta vez aceptar las disculpas no iba a ser tan fácil. Iba a preguntarle por qué lo había hecho, pero McKay se adelantó.

—Aunque es un poco endemoniada —empezó McKay, utilizando curiosamente el mismo adjetivo que utilizaba él para llamar a la joven —no es mala persona. Al contrario, te aseguro que su fondo es bueno. El problema es que ha sufrido mucho. Tengo que pedirte que le perdones.

No le había dicho lo más importante, a qué venía tanta protección. Pero en realidad no hacía falta decirlo, lo que Nicholas había supuesto antes de que McKay le visitara era la respuesta. Decidió ponerlo él en palabras:

—Bien —empezó Nicholas —entiendo que por un hijo se hace cualquier cosa.

—¿Un hijo? —McKay le cortó, perplejo, antes de que pudiera seguir hablando.

—Sí, bueno, una hija. Quiero decir que entiendo que la has protegido hasta lo inimaginable porque es tu hija…

Y McKay le volvió a cortar:

—Yo aprecio mucho a Lizzy, pero no es mi hija.

—¿No es tu hija?

—No, no es mi hija.

Después de la segunda confirmación categórica, había llegado el momento de vacilación de Nicholas. McKay había insistido, al ver su escepticismo y finalmente Nicholas lo había aceptado: no tenía por qué dudar de lo que le acababa de decir McKay. Sus suposiciones habían sido erróneas.

Por suerte, McKay siguió hablando y, aunque no le dijo claramente qué tipo de relación

mantenía con la pelirroja, lo que le dijo le tranquilizó bastante.

La tal Lizzy era una especie de protegida suya desde niña a causa de un episodio terrible de su vida, que no quiso contarle. La protegía a pesar de que era de trato difícil, pero no debía preocuparse, porque él se iba a encargar de mantenerla en su sitio y de que no volviera a molestarle más.

—Te aseguro que no volverá a ocurrir. Te aseguro, de hecho, que no la volverás a ver en tu vida — insistió McKay, serio y con vehemencia.

Y Nicholas decidió olvidar el asunto. Lo que había ocurrido era grave, pero McKay le acababa de prometer que no iba a ocurrir más, iba a conformarse con aquello. Iba a olvidarse de su venganza.

En realidad no lo iba a hacer por generosidad, sino por un cálculo: de aquella manera, McKay se sentiría en deuda con él, moderaría su actitud y las discusiones en la cámara de los lores acabarían con más victorias para él.

No era un mal trato.

Era cierto que había quedado en ridículo y la experiencia había sido muy desagradable, pero, ¿a quién le importaba realmente aquella endemoniada pelirroja? Quitando McKay, no la conocía nadie y no iba a volverla a ver jamás.

Era un buen trato y lo aceptó.

Capítulo 9

Los dos hombres acabaron muy satisfechos con su trato, pero se les olvidó algo muy importante: para que surtiera efecto, debían contar con la aceptación de una mujer.

Y no de una mujer cualquiera, sino de Lizzy Turner.

Y Lizzy no lo aceptó.

Capítulo 10

En un primer momento, Lizzy pareció aceptar la situación.

El día antes de que Mckay se reuniera con Skyland, recién llegada del calabozo, Mary la había llevado a su despacho y le había dejado las cosas claras:

—Lizzy , esta vez te has pasado de la raya.

Lizzy se había revuelto con McKay, pero con Mary no se atrevió. Después de su madre, era la persona a la que más respetaba en este mundo. Mary la había acogido en el peor momento de su vida, cuando era aún vulnerable, le había dado un hogar cálido y no solo eso, sino libre, algo que para una persona como ella era tan importante como el agua.

Como el aire para respirar.

Mary también toleraba sus salidas de tono y sus respuestas airadas e intempestivas como no se las toleraba a nadie más. Así que si le decía que esta vez se había pasado de la raya, no le quedaba otra que agachar la cabeza y pedir perdón.

Pero Lizzy no había venido a este mundo para hacer ninguna de esas dos cosas, así que se limitó a aceptar la reprimenda, no sin antes puntualizar algo:

—Mary, se lo merecía… —en ese momento la mirada de Mary empezó a echar fuego, así que Lizzy terminó la frase de forma mucho más convincente para ella —pero te prometo que no voy a volver a hacerlo.

Mary bajó la intensidad de la mirada:

—¿Y vas a cumplir tu palabra? —le dijo, seria aún.

—Sí, Mary, no voy a volver a tirarle barro a Nicholas Shaw, te lo prometo.

Y esta vez Mary dejó asomar una sonrisa involuntaria y le contestó con un tono más

relajado:

—No sé , Lizzy, por qué tienes tanta animadversión hacia ese hombre.

—No es él, son los que son como él.

—Si, Lizzy, pero no puedes ir llenando de barro a todo el que te caiga mal.

—No es que me caiga mal, Mary, es que me recuerda a lo peor de mi vida.

Lizzy acababa de jugar sus cartas sabiéndose ganadora. Sabía que cuando sacaba aquel tema, la discusión estaba ganada, como ocurrió aquella vez:

—Lizzy, no fue él quien mató a tu madre, ni siquiera tiene relación con el asesino.

—Lo sé, Mary, pero cuando ayer me acerqué al parlamento para seguir el resultado de la votación, él me pareció la encarnación de todos los males que me han perseguido desde niña. El asesino de mi madre era como él: privilegiado, noble y con un profundo desprecio por las mujeres. No pude contenerme.

Mary decidió zanjar el asunto ahí.

—Lo entiendo Lizzy, pero me has prometido que…

—Sí, y te lo vuelvo a prometer, no volveré a tirarle barro.

Mary volvió a dejar asomar la sonrisa de nuevo y dio el tema por zanjado.

Luego vino una conversación con McKay, pero esta fue mucho más fácil para Lizzy. McKay le quería y le protegía como el padre que ella nunca había tenido. Y en ese sentido, era como un padre bonachón que siempre veía el lado bueno de sus hijos.

McKay obvió la respuesta airada de ella del día anterior y la trató como si diera por hecho que ella pensaba lo mismo que él. Ayudó a que él pensara que estaba en su mismo barco, el que ya había hablado con Mary y ella le había contado la promesa de Lizzy de no atacar más a Nicholas.

Así que McKay se limitó a hablar con ella sin esperar ninguna promesa a cambio, tan solo soltó un pequeño discurso relajado y bastante amable:

—Bueno, Lizzy, sé que a veces te cuesta controlar tu carácter y tus impulsos, pero

también sé que tu detención ha marcado una diferencia. No es agradable pasar una noche entera en un calabozo húmedo y maloliente. Además, sé que has reflexionado y no va a volver a atacar a McKay, así que estoy contento por haber podido zanjar este asunto para siempre.

Él se lo había comido y bebido todo y Lizzy no tuvo ni siquiera que asentir y, mucho menos, mentirle, que es lo que habría hecho si él le hubiera hecho una pregunta directa.

Por su parte no pensaba añadir nada, no fuera a estropearlo todo. Lo ideal era que McKay siguiera creyendo lo que quería creer.

Fue tan fácil que, de hecho, después del pequeño discurso, McKay cambió de tema y ella se pudo incorporar a la conversación del nuevo tema con toda su energía y libertad de siempre.

Cuando se despidieron tres cuartos de hora después, parecía que el tema de Nicholas Shaw estaba totalmente zanjado y olvidado.

Por eso McKay decidió ir a la mañana siguiente al palacio de Shaw, para terminar de cerrar el círculo, para que el desagradable episodio pasara al olvido.

Capítulo 11

Lizzy no tenía la menor intención de hacer lo que Mary y McKay esperaban de ella.

De hecho, pensaba hacer todo lo contrario de lo que deseaban.

Le había quedado claro que querían que desapareciera de la vida de Nicholas para siempre jamás. Y no pensaba hacerlo.

Al contrario, tenía ya un plan para volver a toparse con él.

Y no tenía remordimientos por no hacer lo que Mary y McKay querían porque, estrictamente, ella no les había mentido.

A Mary le había prometido solo una cosa: que no volvería a echarle barro.

Y no, no iba a hacerlo. Para ella también había sido bastante desagradable.

Si tuviera que volver a tirarle alguna cosa, algo que no descartaba, no sería barro, sino trozos de hierba, o piedras, o un zapato.

Pero bueno, el plan que tenía en su cabeza no contemplaba tirarle nada por el momento. Así que a Mary no le había mentido y McKay, directamente, no le había pedido nada. Ella se había limitado a escucharle silenciosa. Estaba informada de lo que quería McKay, pero, por desgracia, no era lo que quería ella.

Lo que quería ella lo llevó a cabo al día siguiente, pocas horas después de que McKay y Shaw cerraran su trato sobre ella.

Ajena a lo que los dos hombres habían hablado, se puso un vestido soso y aburrido, todos sus vestidos lo eran, y unos zapatos cómodos pero de señora mayor, se recogió el pelo intentando apretar lo maś posible sus rizos rojos para que no destacaran, algo que apenas consiguió, porque su pelo, incluso apretujado en gomas y horquillas, era como una antorcha llameante, y salió rumbo a Nicholas Shaw, ya que sabía perfectamente dónde encontrarlo.

capítulo 12

Eran las cinco de la tarde cuando Lizzy llegó a la calle del centro de Londres donde sabía que iba a encontrar a Nicholas Shaw.

No había tenido que investigar demasiado. Se encontraba en el lugar donde se reunía la flor y nata de la aristocracia británica.

De los hombres de la aristocracia británica.

Era el club de caballeros exclusivo al que solo accedían varones con título nobiliario.

También era una información conocida por cualquiera que tuviera un poco interés, que los primeros viernes de mes había una junta general a la que solían acudir todos, de hecho, esos días nunca había sesión en la cámara de los lores.

Lizzy ni siquiera había tenido que investigar, le había bastado con leer la prensa, algo que hacía todos los días, y con fijarse en los artículos que comentaban la vida aristocrática, algo que no hacía nunca por no hacerse mala sangre. Pero esta vez lo había hecho para saber de Nicholas Shaw y, eureka, lo había encontrado.

De hecho, aunque Lizzy había dado por supuesto que Shaw estaría en aquella reunión, no había tenido ni que imaginarlo, ya que su nombre se mencionaba expresamente en el artículo. Al parecer, Shaw era miembro de la junta de gestión del club y ese día iba a tener una intervención importante.

Otra más.

Estaba claro que su repentina obsesión por él estaba justificada, pensó satisfecha, ya que al parecer aquel hombre irritantemente atractivo, era uno de los representantes más importantes

de la aristocracia.

No sólo iba actuar contra él por lo que le hacía sentir y no controlaba, sino que iba a aprovechar para hacer algo que llevaba años planeando: pensaba centrar en él la venganza que llevaba años rumiando y deseando consumar.

Así que ese día, dos días después de haber salido del calabozo, Lizzy se dirigió animosa al encuentro del exasperante Conde.

Esta vez no iba a actuar impulsivamente, había pensado muy bien qué iba a hacer y cómo. No tenía ninguna prisa además.

Nada más llegar a la puerta de entrada del club, Lizzy se dio cuenta de que todo iba como había planeado.

Lo cierto es que el club estaba en una zona de Londres a la que ella no solía acudir, pero, a pesar de que hacía mucho tiempo de que no pasaba por allí, la memoria no le había fallado. Justo enfrente de la entrada del club había un encantador jardín público con bancos. Su idea era sentarse en uno de aquellos bancos y, desde ahí, observar la salida de los caballeros.

Hacía un día precioso y soleado, así que su presencia en uno de esos bancos no iba a llamar la atención de nadie: precisamente lo que buscaba.

Porque lo que había planeado era, una vez más, algo escandaloso, pero esta vez quería que el escándalo quedara restringido a sus dos protagonistas: el conde y ella.

Una de las razones por las que esta vez quería mantener la discreción era no molestar a McKay y Mary. Ambos eran las dos personas que más respetaba en este mundo. Les apreciaba. Incluso se podía decir que les quería, aunque desde que había ocurrido lo de su madre, a la que había amado por encima de todas las cosas, le costaba volver a amar a alguien.

Y ella sabía que si ellos se enteraban de lo que estaba a punto de hacer, se iban a disgustar. Mucho,

Para ser justos, lo que iba a hacer no era una deslealtad. Mary le había hecho prometerle que jamás volvería a embadurnar de barro a Nicholas Shaw, y ella no iba a volver a hacerlo.

No le había mentido.

Por otro lado, Charles ni siquiera le había hecho prometer nada, se había limitado a dar por sentado que ella cumpliría lo que él quería.

Pero no, no iba a hacerlo.

De hecho, no estaba haciéndolo. En ese mismo instante estaba a pocos metros de Nicholas Shaw, esperándolo, sentada en uno de los bancos del jardín y, si todo iba bien, a punto de volver a enfrentarse a él.

Esta vez, de manera mucho más directa y grave que la anterior.

Capítulo 13

No llevaba ni cinco minutos en el banco cuando empezaron a salir caballeros del club.

El corazón de Lizzy se aceleró como pocas veces le ocurría: una cosa era tener el plan perfectamente trazado y otra hacerlo realidad.

Se había sentado en un lugar discreto desde el que tenía una visión perfecta de la puerta de entrada y salida del club y también de buena parte de la acera, donde algunos de los primeros caballeros que habían empezado a salir formaban corrillos antes de despedirse definitivamente, mientras otros se alejaban hacia sus domicilios.

Ella pasaba totalmente desapercibida en un ángulo del jardín y en aquel banco que un gran arbusto y un roble centenario tapaban parcialmente.

El lugar perfecto para observar sin ser observada. El lugar perfecto para llevar a cabo lo que había planeado de manera discreta.

Pero también el lugar perfecto para decidir si continuaba adelante o no.

Porque por primera vez en su vida, Lizzy estaba vacilando.

Lo que había planeado le producía un vértigo enorme.

Sin embargo, fueron pasando los minutos y su corazón se fue tranquilizando.

Para disgusto de ella.

Porque no se había tranquilizado porque había pasado el momento de duda y se había reafirmado en continuar con su plan.

No.

Se había tranquilizado porque no había ni rastro de Nicholas Shaw.

El flujo de hombres saliendo del club había ido bajando hasta desaparecer por completo:

aunque la puerta continuaba abierta, ya no salía nadie.

Y, por otro lado, los grupos sobre la acera habían ido disminuyendo su tamaño y en ese momento solo quedan dos, uno formado por tres hombres y otro, por dos.

Es decir, lo que le había tranquilizado era que su plan había salido mal.

Rematadamente mal, porque ese día, al parecer y en contra de lo que habían anunciado, Nicholas Shaw no había acudido al club.

Y eso, aunque le había tranquilizado, también le exasperaba.

Ella no era una cobarde o, al menos, no debería serlo. Llevaba toda su vida preparándose para ese momento: no podía temblarle el pulso. En el último momento no podía ponerse contenta porque todo se iba a pique, en el último momento…

Mientras su mente había estado envuelta en esos pensamientos negativos hacia sí misma, la acera había terminado de despejarse, los dos últimos grupos se habían disuelto y habían desaparecido todos los hombre de la acera. Pero justo cuando el último de ellos había girado en una esquina y ella lo había perdido de vista, haciendo además que el lugar quedara extrañamente tranquilo teniendo en cuenta la hora y lo céntrico que estaba, la puerta del club de caballeros que permanecía abierta, pero entornada, volvió a abrirse totalmente y dejó paso a alguien.

Solitario.

Alto.

Seguro.

Imponente.

Nicholas Shaw

Capítulo 14:

Nicholas Shaw no solo había aparecido, sino que había cruzado la acera y se dirigía, recto, hacia el lugar en el que ella estaba.

Las cosas habían empezado a salir de la mejor manera posible.

Había temido que le iba a costar encontrar un momento de intimidad con él. Había temido que tendría que seguirlo en su vuelta a su palacio y que incluso cabía la posibilidad de que hiciera la vuelta acompañado y tuviera que posponer su plan para otro día. Pero nada de lo que había temido ocurrió y, en su lugar, se le iba a presentar en bandeja la posibilidad de estar a solas con él, ya que Nicholas, tras cruzar la calle, había tomado la senda del parque que llevaba exactamente al banco en el que ella estaba sentada.

Cuando Nicholas se encontraba a unos diez metros de ella, Lizzy se levantó, como empujada por un resorte, y fijó su mirada en él.

De repente, todas las dudas, miedo y vértigo que había sentido unos minutos antes, desaparecieron.

Era ella de nuevo: segura, fiera, sin miedo. Sin titubeos.

El corazón le latía acelerado, pero mucho menos que cuando lo había visto salir. Ahora se trataba de una agitación controlada, la que necesitaba para llevar a cabo lo planeado.

Y entonces él llegó a su altura y ella dio un paso al frente. Uno solo. Lo suficiente para salir del abrigo del seto que le ocultaba y hacerse visible ante él, pero no tanto como para que otros paseantes los vieran.

Y fue entonces cuando él la vio.

Capítulo 15:

Se sorprendió, algo normal, porque hasta no estar a su altura no había visto a nadie. Pero Nicholas Shaw era un hombre templado y no hizo ningún aspaviento, tan solo giró la cabeza para observar a la persona que había aparecido de repente tras el seto, pero sin parar su caminar.

Y entonces sí, se fijó en ella.

Y la reconoció.

Aquello fue demasiado hasta para una persona fría y contenida como él. Así que esta vez, si, se paró en seco.

Y se la quedó mirando perplejo.

Se notaba que estaba intentando asimilar lo ocurrido, asimilar que la mujer que le había hecho pasar el mayor bochorno de su vida, la mujer que esa misma mañana McKay le había prometido que no iba a volver a ver en su vida, estaba de nuevo frente a él.

Y, al parecer, de manera voluntaria, ya que ella no parecía sorprendida en absoluto.

Al contrario, tenía la mirada fija en él, una mirada intensa. Fiera incluso.

Y entonces ella empezó a andar con seguridad hacia él: dio cuatro pasos y se situó a escasos centímetros de él. Demasiado cerca.

La endiablada pelirroja no era la mujer más pequeña del mundo, pero a su lado lo parecía, ya que le llegaba tan solo al hombro. Además estaba muy delgada y apenas tenía formas femeninas, sin embargo, su mirada le daba a su presencia toda la fuerza que su físico no mostraba.

De hecho, si él no hubiera sido un hombre fiero y valiente, podría haberse asustado sólo con aquella mirada.

Pero no, no tenía miedo, solo estaba impactado por volver a verla y por la hostilidad evidente que la mirada de ella le estaba transmitiendo.

Y, de repente, una idea le apareció en la mente

Y entonces Nicholas se temió lo peor : ¡¡¡había vuelto para embadurnarle de barro otra vez!!!

En un gesto intuitivo, bajó la mirada hacia las manos de ella e, inmediatamente, sintió alivio.

No había barro. No había suciedad. De hecho, durante un segundo le pareció que la mano que tenía desenguantada, la derecha, era encantadora. Una mano delicada, de piel suave, o al menos lo parecía. Una mano que sujetaba el guante con…, con extraña firmeza…

¿Por qué se habría desenguantado tan solo una mano?

¿A qué le recordaba ese gesto?

La respuesta se le apareció al mismo tiempo que la evidencia de que había acertado.

Mientras la miraba fijamente, la pelirroja levantó esa mano y con el guante le golpeó en la mejilla.

No fue un golpe suave. Tampoco especialmente fuerte. Pero el impacto que le produjo el ataque inesperado hizo que su cara girara en la dirección que había recibido el golpe.

Capítulo 16

Vinieron unos instantes de parálisis y desconcierto absoluto.

Nicholas se limitó a girar de nuevo su cabeza y enfrentar su mirada a la de ella. La pelirroja seguía reflejando la misma furia, pero ahora había algo más en su mirada: indisimulada satisfacción.

El golpe no había sido algo fortuito o reflejo, no, aquella desequilibrada había estado esperándolo para hacer aquello.

Para retarle en duelo.

¡¡¡¡Una mujer retando a un hombre en un duelo!!!!

Aparte de que no tenía ni idea de por qué aquella desconocida tenía tanta animadversión hacia él, lo que más le estaba costando asimilar a Nicholas en aquel momento era precisamente que fuera una mujer quien le retaba.

Aquello era insólito, inaudito.

Él no se había batido en duelo en su vida. Consideraba que ese tipo de actuaciones no casaban con lo que debería ser un auténtico caballero. Discusiones y motivos de enfado había cientos, muchos de ellos cargados de razón, pero Nicholas creía que siempre había que solucionarlos, o zanjarlos, mediante la palabra. Cuando era posible, de manera privada. Cuando no, recurriendo a los tribunales.

El uso de las armas y poner en riesgo vidas humanas solo estaba justificado en la guerra.

Esa era su filosofía de vida y, hasta ese momento, lo había cumplido a rajatabla.

Tenía asumido que alguna vez alguien podría hacerlo con él. En el entorno en el que se

movía, la mayoría de los hombres eran como él: racionales, contenidos y serios, pero siempre había algún bala perdida que no controlaba sus impulsos y acababa metido en líos.

Y claro, podía pasar que alguna vez alguno de esos desequilibrados la tomara con él y le retara en duelo.

Era una posibilidad que siempre había que tener en cuenta.

Lo que jamás había considerado, y si alguien lo hubiera mencionado delante de él se habría reído a gusto por lo absurdo que era, era que pudiera retarle en duelo una mujer.

Eso era lo que le mantenía perplejo sin poder reaccionar.

Una mujer.

Una con unos ojos verdes profundos e incendiarios. Unos ojos que, sorpresivamente, vistos tan de cerca, le parecieron preciosos.

No tenía ni idea de porqué aquella pelirroja de ojos verdes sentía tanta animadversión hacia él, le parecía asombroso lo que acababa de hacerle. Ilógico. Absurdo, Imposible si no fuera porque acababa de hacerlo.

Y pensó lo único que podía pensar: seguro que él lo había interpretado mal.

No le había retado en duelo, simplemente ella era una perturbada que la había tomado con él y lo que acababa de ocurrir era un nuevo ataque sin sentido, como el de una semana antes.

—Señorita, no sé a qué ha venido esto, no sé a qué vino lo ocurrido el otro día, lo que sí sé es que yo a usted no le conozco de nada y…

—¡Florete!

Nicholas parpadeó varias veces. Ella le había cortado en mitad de la frase, pero no era eso lo que le había asombrado. De hecho, viendo cómo se comportaba ella, era casi lo esperado. Lo que esta vez le había asombrado era otra cosa: la voz de ella era asombrosa también, ya que, a pesar de su pequeño tamaño, sonaba enérgica y un poco ronca. Era una voz sensual.

Sí, sensual, pensó, mientras un escalofrío, no desagradable, le recorrió entero.

En cualquier caso, lo que acababa de decir con aquella voz perturbadora no tenía sentido. Y lo más importante era intentar entender lo que estaba ocurriendo:

—¿Cómo dice usted?

—El duelo va a ser con florete.

Dijo ella, con la misma voz perturbadora y añadiendo una información más perturbadora aún.

Y Nicholas entendió que lo ocurrido hacía un momento no había sido un ataque como el del barro, sino que había que interpretarlo como se interpretaba normalmente: el gesto para ser retado en duelo.

Una nueva vuelta de tuerca a toda la locura en la que se encontraba inmerso desde hacía una semana:

—Señorita, no pienso batirme en duelo con usted, las mujeres no se….

Y ella volvió a cortarle en medio de la frase, pero esta vez no habló, sino que actuó. Haciendo lo mismo que un momento antes: levantó la mano con la que sujetaba el guante y lo utilizó para volver a golpearlo en la mejilla. De nuevo, de manera suave, pero, de nuevo, provocando un terremoto en él.

Esta vez Nicholas tuvo que apretar fuerte sus puños para no hacer lo que los instintos le pedían: devolverle el golpe a ella. No uno golpe con sus puños, ni siquiera con su mano, sino unos azotes en el trasero: como si fuera un niño traviso al que había disciplinar.

Él nunca había golpeado a una mujer ni, mucho menos, a un niño. No pensaba hacerlo jamás, pero imaginarlo, imaginar a la pelirroja tumbada sobre sus rodillas, imaginar que la azotaba en el trasero mientras ella se quejaba con aquella voz ronca, le fue tranquilizando poco a poco.

Hasta que, de nuevo dueño de sí mismo y de sus emociones, pudo responderle de la manera adecuada:

—No pienso batirme en duelo con usted. Y si vuelve a golpearme con el guante, la encierro en la cárcel de por vida.

Esta vez había acertado, soltó la frase, corta y clara, sin preámbulos, para que ella no tuviera tiempo de cortarle.

Para que tuviera claro a qué se estaba enfrentando.

Porque él no iba a golpear a una mujer en su vida, pero no le iba a temblar el pulso para conseguir encarcelar a aquella mujer.

Ya no.

Tenía los medios y, sobre todo, tenía las ganas de hacerlo.

Lo que le acababa de decir era suficiente para asustar a cualquiera. El Conde de Skyland era un hombre poderoso y ante una amenaza así, cualquiera recularía.

Pero ella no lo hizo.

De hecho, a pesar de su pequeña estatura, pareció estirarse más. Seguramente ese efecto lo produjo su subida de mentón y su mirada, que pareció hacerse aún más afilada.

Y, por supuesto, su sonrisa, porque sí, la pelirroja sonreía ante lo que él había dicho.

Las palabras que soltó después confirmaron que su amenaza no le había asustado nada:

—No tengo ni una duda de que puede usted encarcelarme, pero antes se batirá en duelo conmigo.

Nicholas parpadeó rápido una vez más. Con la pelirroja siempre tenía que esperar lo inesperado, pero aquello era demasiado.

—Pero, usted…

Empezó a hablar, poniendo en palabras su desconcierto, hasta que ella le cortó otra vez:

—No tengo miedo de ir a la cárcel, pero será después de batirme en duelo con usted.

—Eso no va a ocurrir.

Nicholas había asumido ya que la pelea se concentraba en ese tema. No tenía ni idea de por qué, pero estaba claro que intentar entenderla era imposible. Decidió, entonces, centrarse en aquella locura.

Y no, no pensaba batirse en duelo con ella.

—Si no lo hace, le seguiré hasta su palacio, donde quiera que esté, y le golpearé con el guante cuando estemos rodeados de gente. Luego, usted me encarcelará, pero no podrá quitarse de encima la vergüenza y el ridículo: Ahora no serán unos pocos lores que guardan silencio

quienes le protegerán de la vergüenza, me encargaré de que lo vea mucha gente.

Y unos segundos después de tenerlo claro, Nicholas tuvo que cambiar de opinión. Ella tenía razón, podía controlar casi todo, pero no tenía margen de maniobra para encarcelarla antes de que le dejara, de nuevo, en ridículo.

Ante medio Londres.

Y se rindió:

—De acuerdo. Ni siquiera voy a poner condiciones, usted dirá cuándo y cómo.

Capítulo 17

Sí, había sido una rendición: una mujer joven y pequeña había podido con él. Iba a hacer lo que habría jurado que jamás haría, pero no le había quedado otra opción.

Ahora bien, el hecho de que hubiera perdido un par de batallas con ella, no quería decir que fuera a perder la guerra.

De hecho, ni siquiera se podía decir que había perdido batalla alguna, ya que la guerra la había declarado él el día anterior, tras despedirse de ella, no antes.

Todo lo que había ocurrido anteriormente: el ataque con barro y la locura del reto a duelo, le habían desconcertado porque no lo esperaba y no sabía a qué venía. Ahora seguía sin saber por qué la pelirroja le odiaba tanto, pero ya no se iba a limitar a ser objeto de sus ataques, había entrado en guerra él también.

Y pensaba ganarla.

No solo encarcelándola de por vida, ahora ya no iba a haber ni una opción de que McKay la protegiera, sino haciendo que el duelo fuera lo peor que le había pasado a ella en su vida.

El día anterior le había dejado a ella escoger todo, dando la sensación de que claudicaba. Ella había escogido florete y al amanecer en un descampado cercano al palacio de él. Un lugar que a esas horas estaría completamente solitario. Y, finalmente, había decidido que fuera sin padrinos, solos ellos dos.

Él había aceptado todo, porque con ella no había otra opción, pero lo cierto es que todo le pareció perfecto.

Que no hubiera padrinos le había supuesto un alivio. No sabía cómo habría podido convencer a nadie para que le acompañara en un duelo con una mujer. Amén de la imposibilidad de explicar porqué había acabado en aquella situación.

Pero lo que más le había gustado era la elección del arma: el florete.

Ella no lo sabía, pero él era un experto espadachín, el mejor entre todos sus amigos y conocidos. De hecho, estaba convencido de que era el mejor de todo Londres.

Y entre todas las armas posibles, el florete era su preferido.

Así que ella ya se podía preparar para perder y para hacerlo, además, de la manera más humillante posible, porque Nicholas pensaba ganarle sin derramar una gota de sangre.

Utilizando el arma más poderosa que existía. Un arma que ella había utilizado contra él, pero que él iba a devolverle con creces.

Capítulo 18

El sonido del canto de un gallo hizo que a Lizzy le recorriera un escalofrío por todo el cuerpo.

Hacía años que no lo escuchaba, ya que el alojamiento de mujeres libres estaba en una zona muy céntrica de Londres donde no había animales de granja.

Sin embargo, de niña, hasta que ocurrió el desastre, había vivido en Londres pero en una zona de las afueras. Un entorno bucólico y natural, en un cottage pequeño, pero limpio y ordenado, con un pequeño establo en el que su madre y ella tenían alguna oveja y varias gallinas, además del gallo que le despertaba todas las mañanas.

Al escuchar el canto del gallo en el lugar en el que había quedado para batirse en duelo con Nicholas Shaw, aquellos recuerdos aparecieron de golpe en su mente, llenándola de dolor.

Eran recuerdos maravillosos, de su preciosa madre y ella solas, pero felices y rodeadas de amor. Habían tenido una vida sencilla, desde el punto de vista de algunos, incluso dura, ya que desde muy pequeña había tenido que trabajar para comer: con los animales y en la pequeña huerta que rodeaba el cottage. Pero nunca había pasado hambre y, sobre todo, nunca le había faltado lo más importante: amor.

El amor de su madre.

Normalmente Lizzy borraba esos recuerdos felices, los apartaba de su mente cuando querían aparecer, y lo hacía porque se le hacía insoportable no tener a su madre a su lado.

Ahora ya era una mujer adulta, pero la había perdido demasiado pronto, siendo una niña, y perdiéndola a ella, había perdido todo, ya que no tenía nada más en el mundo.

Era una herida muy dolorosa que no había curado.

Sin embargo, la nostalgia por la pérdida de la felicidad no era la única razón para rechazar aquellos recuerdos. Había algo más.

Mucho peor.

Y era el recuerdo de cómo había fallecido su madre.

El canto del gallo en aquel momento no solo le trajo a la memoria la tristeza por haber perdido a su madre, sino los gritos; y los golpes; y la sangre.

Sus manitas tratando de parar la hemorragia por la que la vida de su madre se fue escapando.

Los pasos del hombre saliendo del cottage, las huellas que sus botas manchadas de la sangre de su madre habían dejado en el pavimento.

El golpe de la puerta al salir él.

El sonido de su caballo huyendo al galope.

Y, lo peor, la mirada de su madre fija en ella, mientras ella trataba de detener la hemorragia sin conseguirlo.

Una mirada de terror y miedo al principio

Una mirada de amor infinito enseguida.

Una mirada de despedida casi al final

Y una mirada vacía.

Muerta.

Todo eso le trajo a la memoria el canto de aquel gallo al amanecer y todo eso produjo su escalofrío.

Pero pasado el momento duro, durísimo, la nueva Lizzy que había surgido del asesinato de su madre, apareció.

Ya no era una niña desvalida y sola, de hecho, lo había sido durante poco tiempo.

Mary Cooper y Charles McKay la habían acogido, educado y mimado. No con el cariño inmenso de su madre, pero sí con una protección y un cariño soterrados que le habían permitido salir adelante.

Y, sobre todo, lo que le había hecho superar aquel momento horrible fue la promesa que se había hecho a sí misma el día que su madre murió entre sus bracitos: se vengaría del hombre que le había hecho eso a su madre. Lo mataría con sus propias manos.

Por eso llevaba toda su vida desde entonces preparándose para el momento en el que estaba ahora: para batirse en duelo.

Por eso había escogido el florete, porque era una experta espadachina, aunque no lo sabía nadie. Llevaba casi veinte años ensayando ese momento y, aunque nunca había podido comprobar su destreza enfrentándose a nadie, ya que había llevado en absoluto secreto sus entrenamientos y sus contrarios habían sido tan solo árboles y hierbas altas, estaba convencida de que no había una sola persona en el Reino Unido más hábil que ella en el manejo del florete.

Pensaba destruir a Nicholas Shaw para vengar la muerte de su madre.

Capítulo 19

—Aquí estoy

La voz grave de Nicholas Shaw sonó a su espalda y la asustó. Ella había llegado diez minutos antes de lo acordado con la intención de hacerse con el lugar, como se había perdido en pensamientos de recuerdo y venganza, no le había oído llegar por su espalda.

Aquello le provocó un nuevo escalofrío: las cosas no empezaban como había imaginado.

Pero decidió que era tan solo un pequeño contratiempo y se dio la vuelta, con el florete en alto, dispuesta para la batalla.

Ahí estaba Nicholas Shaw, tal y como le acaba de decir, alto, imponente y… con las manos en los bolsillos de su espléndido abrigo largo.

Parecía que estaba dando un paseo relajado en vez de estar a punto de poner en riesgo su vida.

—¿Dónde está su florete?

Lizzy, desconcertada, obvió las normas mínimas de cortesía y etiqueta. De repente, se le había ocurrido que él podía estar tomándole el pelo, que no había tomado en serio su propuesta de duelo y que había aparecido por allí con su exasperante tranquilidad para no hacer nada.

Él sacó una amplia sonrisa que solo su mirada fría señaló que no era sincera y apartó un poco el abrigo en su lado derecho. Y allí apareció su florete, colgando de un cinto. Acerado, brillante. Perfecto para la batalla.

—Miss Turner —habló entonces de nuevo —porque su nombre es Miss Turner, ¿no es así? —dijo, con su perfecta dicción de Conde educado en los mejores colegios.

—Sí —contestó Lizzy secamente y con impaciencia, porque quería empezar ya. No

estaba para perder el tiempo en convenciones sociales.

Pero él tenía otros planes:

—¿Se puede saber qué le he hecho yo?

Lizzy parpadeó varias veces. Se esperaba cualquier cosa menos esa pregunta.

—Eso no tiene importancia —Le respondió, impaciente, porque lo único que quería era empezar a batirse en duelo y acabar de una vez.

Pero él, de nuevo, la sorprendió.

Echando una carcajada.

Cuando acabó, ella estaba con el ceño fruncido y con más ganas aún de enfrentar su florete al de él. Pero Shaw seguía tomándose las cosas con calma:

—Miss Turner, es usted sorprendente. No la conozco de nada, me embadurna de barro, luego me reta a un duelo que debo aceptar bajo pena de ser ridiculizado de por vida y ahora dice que es una tontería querer saber a qué viene todo esto —Y volvió a echar otra carcajada antes de terminar —lo cierto es que debería estar enfadado, muy enfadado. Y lo cierto es que lo estoy, pero, por otra parte, es tan absurdo todo, que ha conseguido usted hacerme reír.

—No he venido aquí a hacer relaciones sociales, Lord Shaw —respondió Lizzy con todo serio y levantando el florete en todo lo alto, poniéndose en guardia para empezar ya y obviando todo lo que él acababa de decir.

Pero entonces ocurrió algo que pareció casi mágico. Porque él, sin apenas moverse, en un par de movimientos rápidos, empuñó el florete, lo dirigió hacia el que ella mantenía en alto y, en un gesto certero, mandó el florete de ella al suelo, desarmándola.

Ella se quedó paralizada, con la mano en alto como si aún empuñara el florete, pero vacía, ya que el arma estaba en el suelo, fuera del alcance de ella.

Mientras ella seguía sin reaccionar, Nicholas Shaw dio tres grandes zancadas y se situó a un metro de ella. Lo tenía más cerca de lo que lo había tenido nunca, podía incluso aspirar el aroma de su perfume varonil, mezclado con otros aromas que emanaban de su cuerpo, una mezcla de madera, cuero y bosque.

Una mezcla terriblemente masculina.

Como lo era la forma en la que la estaba mirando, desde arriba con autoridad.

Por un momento Lizzy pensó que todo había terminado. Estaba a punto de morir. Él estaba a punto de matarla.

Sin embargo, no ocurrió nada de eso.

En otro gesto rápido y diestro, Nicholas Shaw bajó el florete al suelo a la derecha de ella, enganchó la empuñadura del florete de ella en la punta del florete de él y luego lo alargó hacia ella, dejándolo a menos de veinte centímetros de su mano.

A ella le costó asimilar la situación, hasta que él se la explicó:

—Hemos venido a batirnos en duelo y un duelo tiene reglas que mi anterior movimiento ha roto. No soy un asesino, soy un caballero y cumplo las reglas. Algo que usted no ha hecho, por cierto, cuando ha empuñado su arma hacia mi sin darme tiempo a ponerme en guardia.

Y acercó un poco más el florete a su mano para que ella lo cogiera.

Aquel hombre era exasperante. Acababa de darle una lección de educación que no hacía más que incrementar su rabia hacia él.

Porque ella quería que fuera un canalla.

Necesitaba que fuera un canalla para poder materializar su venganza en él.

En cualquier caso, ya no había marcha atrás ni ella quería que la hubiera, así que al final, Lizzy cogió su florete.

Había llegado el momento. Por fín iba a poder vengarse del asesinato de su madre. O, en caso contrario, acabar con todo y reunirse con ella.

Esos eran sus planes.

Estaba preparada para todo.

Excepto para lo que ocurrió en realidad.

capítulo 2o

Tomó la iniciativa Nicholas, no sin antes pedirle permiso a Lizzy educadamente, dejando claro que quien mandaba era ella:

—¿Me permite? —le dijo, señalando que quería medir la distancia de separación desde la que iban a empezar con el duelo.

Ella asintió y él marcó una raya en la tierra con su bota y dio cuatro largas zancadas y marcó otra raya, esta última cerca de ella. Luego la miró a los ojos con gravedad y señalando la raya que acababa de hacer le dijo:

—Usted empieza aquí.

Después dio media vuelta y en otras cuatro zancadas se colocó en el lugar en el que había marcado la otra raya.

Luego empuñó su florete y lo levantó recto, casi apoyando la parte superior de su finísima hoja a la altura de su frente: el gesto anterior a ponerse en guardia.

—Cuando quiera, Miss Turner —dijo después, con voz cargada de seriedad.

Lizzy sintió los latidos de su corazón golpeando su pecho, no de miedo, sino anunciando que estaba preparada.

Imitó el gesto de él y luego, poco a poco, bajó la hoja del florete hasta ponerlo en posición de apuntarle a él. Nicholas Shaw la imitó solo después de que ella estuviera en guardia, como si, extrañamente, estuviera siendo cortés dejándole a ella tomar ventaja.

Y, como si ese fuera el guión que él llevaba escrito, no sólo no se movió, sino que en cuanto ella se lanzó hacia él, iniciando el ataque, se mantuvo en esa posición, sin moverse un milímetro.

Como si no fuera a defenderse.

Y aquello le desconcertó a Lizzy.

¿No iba a defenderse? ¿Iba a dejarse matar?

Ella ya había llegado a la altura de él y mantenía el filo del florete a escasos centímetros de su corazón: un pequeño avance hacia adelante y se lo clavaría.

Pero él seguía sin moverse.

La situación tan extraña le hizo vacilar y entonces él, sí, hizo un gesto.

Tan rápido, que ella no lo percibió, aunque sí percibió su resultado:

De repente, ya no empuñaba un florete.

Nicholas Shaw la había desarmado de nuevo con un solo gesto certero.

Años y años de entrenamiento no le había servido para nada.

capítulo 21

Lizzy había tenido claro que, de desarmar ella inmediatamente a Nicholas Shaw, no lo habría matado. No estaba segura de no haberlo hecho si la batalla se hubiera alargado, tras haber recibido alguna herida, pero de lo que sí estaba segura era de que no estaba preparada para matar a nadie de manera fría y desapasionada.

También se había preparado para morir, si, tras una batalla dura, acabara ganando él.

Para lo que no se había preparado en absoluto era para ser desarmada en el primer embate de él, sin darle a ella tiempo de nada.

Se quedó mirándole, con los ojos como platos, la boca entreabierta, sin saber qué hacer, aparte de prepararse para morir.

¿Iba a morir?

Seguramente sí, porque él había dado un par de pasos mientras ella estaba intentando asimilar todo, hasta que la punta de su florete se había quedado a menos de un centímetro de su corazón.

Un pequeño empujón y la atravesaría de lado a lado.

Y todo terminaría.

Su tristeza infinita por la muerte de su madre.

Su rabia y deseo de venganza.

Pero también su energía vital, su juventud y sus ganas de vivir.

Pero entonces Nicholas, en vez de terminar lo que parecía inevitable, habló.

Y dijo algo incomprensible para ella.

—Usted me amenazó con el ridículo y funcionó. Voy a copiar su método y voy a hacer lo mismo. No es nada personal, solo quiero que me deje en paz.

Y después movió el florete. Pero no en la dirección que ella esperaba.

Lo subió un poco hacia arriba, lo metió bajo el tirante de su vestido y el tirante de su camisa interior y dió un golpe seco hacia arriba.

Ambos tirantes se partieron en dos y dejaron su hombro al descubierto.

Ella miró hacia su hombro, sin entender qué estaba pasando. Él aprovechó su desconcierto para repetir el gesto con los tirantes del otro lado.

El peso del vestido hizo lo demás.

Como no había nada que lo sujetara, se deslizó hacia abajo.

La parte derecha se deslizó menos y se paró en el punto exacto en el que empezaba el pezón. Parte del montículo blanquísimo de su pecho derecho se veía, pero el pezón continuó oculto.

No pasó lo mismo con el lado izquierdo que se deslizó más, hasta dejar el pezón, pequeño y rosado, y el pecho entero, al descubierto.

El no deslizó su mirada hacia abajo, la mantuvo caballerosamente, si es que se podría definir así, fija en los ojos de ella.

Dejó transcurrir casi un minuto de silencio hasta volver a hablar, con una sonrisa irónica:

—Supongo que con esto ha tenido suficiente, Miss Turner.

Luego se dio media vuelta y se alejó andando con calma hasta el lugar en el que había enganchado su caballo. Se montó sobre él y salió cabalgando.

Justo cuando Lizzy le perdió de vista, el gallo volvió a cantar.

Capítulo 22

—¿Cómo que LIzzy no quiere salir de su habitación?

—No, no quiere bajar a comer y ha dicho que tampoco bajará a cenar.

Mary Cooper no daba crédito a lo que estaba escuchando:

—¿Está enferma? ¿Tiene fiebre?

Lizzy jamás había estado enferma, pero entraba dentro de lo razonable enfermar aunque fuera una vez en la vida. Pero Moon cortó esa posibilidad.

—No, no está enferma.

—Entonces, ¿qué le ocurre?

Moon enfrentó sus preciosos ojos color miel en los ojos de Mary antes de responder, un poco desanimada.

—La verdad es que no lo sé, esta mañana ha salido temprano. Ha vuelto enseguida, pero, desde entonces está así.

—¿Así, cómo?

—Sin energía.

Mary abrió los ojos como platos y se llevó la mano al corazón. Decir que Lizzy estaba sin energía era como decir que el fuego no quemaba.

Algo imposible.

Y como era imposible, Mary decidió no creerlo.

Pensar en otra cosa.

—Bueno, ya se le pasará, mañana estará bien.

Dijo, y se fue rápidamente, no fuera a ser que Moon le negara esa posibilidad también.

ঌ ঌ ঌ ঌ ঌ ঌ ঌ ঌঌ ঌ ঌ ঌ ঌ ঌ ঌ ঌ

Monn Smith era, junto a Judith Stein, la mejor amiga de Lizzy. Era una chica de piel muy oscura y mirada misteriosa.

Moon compartía con Lizzy unos orígenes trágicos, aunque diferentes a los de Lizzy. Eso era lo que les había unido, a pesar de que tenían caracteres muy diferentes. Todo lo extrovertida que era Lizzy, en Moon era extrema introversión: hablaba poco y solo lo hacía con las personas en las que confiaba, que no eran muchas.

Otra cosa que las diferenciaba era que Moon era muy amable con todo el mundo, a pesar de que hablaba poco. Jamás había tenido un conflicto con nadie, pero lo cierto era que tampoco se habían dado muchas posibilidades de tenerlo, ya que eran pocas las chicas que se le acercaban.

Aquello ocurría porque Moon tenía una particularidad, una que ella jamás había reconocido, pero que en el alojamiento se mencionaba entre susurros: se decía que Moon podía adivinar el futuro, sobre todo, el futuro de cosas negativas.

Y claro, por un lado ella no era abierta y, por otro, nadie quería oír hablar de cosas negativas y desagradables, así que la mayoría de las chicas evitaba estar cerca de ella. No la despreciaban ni la trataban mal, pero tampoco buscaban su compañía.

Como Moon era tan introvertida, no le importaba demasiado. Además, tenía dos amigas íntimas y maravillosas y con eso le bastaba.

Judith no tenía miedo de estar junto a ella, ya que no tenía nada que perder en la vida. Y Lizzy… Lizzy no creía en esas “tonterías de adivinaciones” como decía ella y, por otra parte, el carácter sosegado y tranquilo de Moon le calmaba y le hacía bien.

Pero aquel día Moon no había conseguido calmarla. Había entrado en su habitación preocupada al ver que no salía de ella después de haber vuelto temprano, no sabía de dónde. La

había encontrado tirada sobre la cama, con mirada ausente y ninguno de sus esfuerzos por animarle a levantarse habían dado sus frutos. Lizzy le había dicho finalmente que la dejara en paz, en un tono un poco brusco, que no había utilizado jamás con ella.
Por eso Moon la había dejado sola, pero estaba preocupada y no había podido evitar contárselo a Mary.

Con Lizzy le ocurría algo curioso, no podía adivinar el futuro con ella, ni queriendo ni sin querer, no veía nada más que la enorme luz y energía que transmitía su amiga. Y eso le daba una tremenda paz, ya que, en realidad, estaba harta de ver cosas negativas.

Lizzy la hacía normal.

Por eso no tenía ni idea de por qué estaba así su amiga ni qué le iba a ocurrir, así que, incapaz ella también de pensar que a su amiga le pasara nada grave, decidió creer lo que había dicho Mary: que al día siguiente Lizzy estaría mejor y volvería a ser la misma.

capítulo 23:

Acertaron a medias.

Al día siguiente Lizzy estaba mejor.

Aparentemente…

Salió de su habitación con buena cara y sonriente, cuando llegó al patio central tuvo un pequeño encontronazo con Hipathia que estaba probándose lazos de colores en el pelo delante de un espejo. Nada grave, de hecho, Lizzy habló aparentemente bromeando, pero le dijo que “haría mejor en leer en vez de perder el tiempo con tonterías”. Como Hipathia le conocía bien, no se enfadó, le respondió, también en plan de broma, pero sin dejarse avasallar:

—Igual harías mejor tú en leer un poco menos, sobre todo esos panfletos que te alteran tanto, y ponerte algún lazo de vez en cuando.

Lizzy se la quedó mirando seria, pero inmediatamente soltó una carcajada y, después de otro momento de silencio, dijo:

—Igual tienes razón, igual algún día te pido consejo.

Y siguió adelante sonriendo.

La respuesta a Hipathia no había sido la normal. Lo normal es que se hubiera entretenido más tiempo en dejarle claro a Hipathia, que, por otro lado, también leía mucho, que perder el tiempo en “cosas de mujeres” no era adecuado para una habitante del refugio de mujeres. Que ellas estaban allí para demostrarle al mundo que las mujeres podían tener otro papel en la sociedad, que no podían repetir los modos de funcionamiento antiguos y bla, bla, bla… Es decir, le habría soltado uno de los discursos que tanto le gustaba soltar.

Hipathia se quedó mirándola extrañada, pero enseguida olvidó lo ocurrido.

Por lo demás, Lizzy siguió comportándose igual que siempre y cuando Mary y Moon le vieron, respiraron aliviadas y achacaron lo ocurrido el día anterior a alguna indisposición pasajera.

capítulo 24

Pero no, lo ocurrido el día anterior había tenido un impacto enorme en Lizzy, hasta el punto de hacer tambalearse muchas de sus convicciones más férreas.

Lo cierto era que, aunque no lo había descartado del todo, su objetivo al batirse en duelo con Nicholas Shaw no había sido matarlo, sino llevar a cabo una acción que le permitiera, por fin, librarse del dolor que atenazaba su corazón desde que tenía siete años.

Ella había sido testigo del asesinato de su madre sin poder hacer nada más que agarrar su falda y suplicar al agresor que no le hiciera nada y, finalmente, sostener el cuerpo de su madre, cubriéndolo de besos, hasta que expiró.

Aquello había sido horrible, espantoso. Pero el espanto se había multiplicado hasta el infinito al saber que el agresor era un noble poderoso, que no solo no había sido castigado por su acción, sino que había tenido una vida tranquila y apacible, llegando incluso a presidir la cámara de los lores.

Porque el agresor, El Duque de Loothgrass, había sido uno de los hombres más poderosos del reino y había conseguido que la autoría del crimen no se supiera nunca.
Ella misma había tardado años en descubrirlo y cuando lo había hecho, había sido demasiado tarde: el Duque de Loothgrass, había fallecido de muerte natural, en su cama, rodeado de personas queridas, de riqueza, de prestigio…, de todo aquello que debería haber perdido el día que había matado a su madre.

Había sido un golpe enorme para Lizzy descubrir su muerte, descubrir que su crimen quedaría impune para la eternidad.

Llevaba desde niña preparándose para matarlo cuando lo encontrara, por eso había

aprendido a utilizar el florete y, de repente, la venganza era imposible.

Eternamente imposible.

Pero pocos días después de la desilusión, había encontrado una solución.

Ella odiaba al asesino de su madre, pero, por similitudes, odiaba a todas las personas que pertenecían a la alta sociedad, especialmente a aquellas que ostentaban títulos nobiliarios.

Ya no podía vengarse con el Duque, pero sí podía hacerlo con otra persona que representara los mismos valores que aquel Duque.

Podía vengarse en otro noble. Otro miembro de la cámara de los lores.

Un miembro especialmente destacado, como había sido el Duque.

Había estado varios años madurando la decisión, sin terminar de decidir con quién cumpliría su venganza. No quería precipitarse. Sabía que en el fondo lo que quería hacer era injusto, ya que iba hacer pagar a alguien por el crimen de otro. Así que quería escoger bien, quería escoger a alguien que le resultara tan odioso como el Duque. Alguien que también mereciera un castigo.

Y de repente, sin buscarlo, ya que había acudido a la cámara de los lores interesada por el tema que se iba a tratar, se había encontrado de frente con la persona adecuada sobre la que vengarse.

Nicholas Shaw, Conde de Skyland, le exasperó desde el instante en que lo vio.

En un primer momento, cuando lo embadurnó de barro, aún no había tomado la decisión de batirse en duelo con él. Pero durante las veinticuatro horas que había pasado encarcelada lo vio claro.

Era él.

Sin duda.

Era noble. Era poderoso. Tenía un papel predominante en la cámara de los lores. Y, sobre todo, sentía hacia él una animadversión intensa. Intensísima.

De hecho, algo extraño, ya que él no le había hecho nada.

Pero desde que lo había visto salir de la cámara de los lores, alto, orgulloso, apuesto,

había sentido un rechazo intenso.

O quizá no se podía llamar rechazo, sino turbación.

Si, Nicholas Shaw le había turbado desde el primer instante que lo había visto.

Le había producido sentimientos extraños, nuevos e incontrolables.

Por eso había decidido llevar a cabo su venganza con él.

Tenía todas las condiciones para llevarla a cabo…

Pero las cosas habían salido mal.

Rematadamente mal.

Nicholas Shaw, Conde de Skyland, la había desarmado en el segundo exacto en el que había comenzado el duelo. Todos sus años de entrenamiento no habían servido para nada. Aquello ya habría sido un golpe enorme para su orgullo, pero lo que había venido inmediatamente después había sido mucho peor.

Shaw, demostrando que utilizaba el florete con una precisión exquisita, sin hacerle un rasguño, había cortado los tirantes de su vestido y su camisa interior de manera que uno de sus pechos había quedado descubierto.

Y lo peor de todo, lo que más le estaba costando asimilar, era que lo que le había hecho no había tenido nada que ver con intereses sexuales.

Si hubiera sido así, si Nicholas Shaw la hubiera dejado medio desnuda frente a él con intenciones sexuales, no habría hecho más que confirmar lo que siempre había creído: que los hombres, sobre todo los poderosos y nobles, eran peligrosos para las mujeres y había que combatirlos .

Por lo que ella sabía, los hombres siempre buscaban eso de las mujeres, el propio Duque de Loothgrass había asesinado a su madre por no conseguir sus favores sexuales.

Sin embargo, en el caso de Shaw no había habido nada de aquello.

Lizzy no tenía experiencia con hombres pero había sabido leer en la actitud de él, no solo nulo interés sexual, sino desprecio hacia ella .

Cuando la había dejado con el pecho descubierto, él no había bajado la mirada ni un

instante, la había mantenido fija en la de ella, con expresión de victoria y desprecio.

Nicholas Shaw no solo la había ganado en el duelo a florete, sino también la había despreciado como mujer.

Manifiestamente.

Él había querido que ella supiera eso.

Él había querido que ella se sintiera insignificante en todos los aspectos de su vida.

Y, lo peor de todo y lo que más torturaba a Lizzy, era que lo había conseguido.

Se había sentido humillada como espadachina, pero también se había sentido humillada como mujer.

¿Por qué, si ella no quería tener nada que ver con hombres?

No lo sabía, lo que sí sabía era que aquel conde exasperantemente atractivo había echado por tierra en apenas unos minutos, todo lo que había creído y por lo que había luchado en su vida.

Y eso era lo que le había mantenido encerrada en su habitación sin salir durante todo un día.

Jamás, en su vida se había sentido tan desorientada, avergonzada y turbada y eso le había producido quedarse paralizada. Sin saber qué hacer.

Lizzy Turner, que siempre tenía todo claro y contaba con una energía inagotable, se había quedado sin fuerzas y sin rumbo.

Nicholas Shaw había conseguido derrotarla.

Aunque solo durante veinticuatro horas…

capítulo 25:

Lizzy necesitaba retos en su vida.

No sabemos cómo habría sido su vida de no presenciar el asesinato de su madre, pero seguramente esa parte, la necesidad de retos, no hubría cambiado demasiado, ya que Lizzy era todo un carácter.

Y le gustaba salirse con la suya.

A pesar de que el duelo había sido un desastre, sí había tenido una parte positiva: había cumplido con su promesa de niña y había hecho todo lo posible por vengar a su madre. Aunque el duelo no había terminado como esperaba, sí sentía que esa parte de su vida estaba zanjada. Se sentía en paz en ese aspecto.

Pero ese día había dado comienzo al inicio de su nuevo reto.

Un reto en el que su madre ya no iba a ser protagonista.

Ahora la protagonista iba a ser ella misma.

Y la persona que había hecho que el duelo no saliera como esperaba: Nicholas Shaw.

Durante las veinticuatro horas que Lizzy había permanecido encerrada en su habitación sin fuerzas y avergonzada, había descubierto qué era lo que más le había molestado de todo.

No que él le dejara un pecho al descubierto. Había sido humillante, pero no lo peor de todo.

Tampoco que le hiciera perder el duelo, ya que era algo con lo que siempre había contado.

No.

Lo peor de todo, lo que más rabia le había dado, lo que la había mantenido encerrada y

sin fuerzas era el desprecio que había notado en él.

Lizzy estaba acostumbrada a que los poderosos y nobles la despreciaran. Como todo el mundo que no pertenecía a su clase social. Eso era algo sabido y aceptado.

Algo que a ella siempre había hecho que le llevaran los demonios, no sólo por lo ocurrido con su madre, sino porque no soportaba las injusticias y a las personas engreídas, pero que no era diferente a lo que le podía ocurrir con cualquier otra persona del mismo nivel que Nicholas Shaw.

No, no era ese tipo de desprecio el que había notado en él, sino otro mucho más sutil.

Y también más intenso y, sorprendentemente, doloroso.

Era el desprecio como mujer.

Shaw le había dejado un pecho al descubierto. Un pecho bonito, redondeado, perfecto. Y, aún así, él no sólo no había reparado en él, sino que ni siquiera lo había mirado.

Lizzy se había sentido insignificante.

Menos que una mosca en una pared.

Eso era lo que no podía soportar Lizzy y lo que se convirtió en su nuevo plan, en su nuevo objetivo de vida: iba a conseguir que Nicholas Shaw suspirara por ella como mujer y, cuando lo consiguiera, lo dejaría plantado.

Esa sería su venganza.

Una venganza que disfrutaría ella sola, porque también tenía claro que no quería que nadie, absolutamente nadie, se enterara de lo que estaba tramando.

capítulo 26:

La parte del plan más difícil era cómo conseguir coincidir de nuevo con Nicholas Shaw. Pertenecían a mundos diferentes, opuestos y, además, no podía acercarse a él utilizando la influencia de Charles McKay, ya que Charles no lo permitiría después de haber conseguido sacarla del calabozo.

Lizzy barajó varias opciones, pero fue descartando todas por diferentes razones. Volver a abordarlo en la calle, como había hecho a la salida del club el día que lo había retado, quedaba descartado. Él ya le había demostrado que era tan imprevisible, y salvaje, como ella. Seguramente no tendría ni un reparo en hacerle un desplante público en plena calle. Su plan de encandilarlo, hacer que él suspirara por ella, no tenía recorrido de aquella forma.

También se le ocurrió que Nicholas Shaw seguramente sería cliente habitual de clubs y locales de dudosa moral. No solo acudiría al parlamento, a la cámara de los lores o al exclusivo club de caballeros a cuya salida ella le había abordado, como todos los hombres nobles, acudiría a lugares más relajados, donde señoritas que no pertenecían a la alta sociedad les harian disfrutar como las señoritas estiradas de la nobleza se negaban a hacerlo.

LIzzy no estaba pensando en locales de baja estofa ni en prostitutas, sino en otro tipo de locales y mujeres.

Mucho más exclusivos ambos.

Ella sabía de la existencia de esos lugares gracias a la investigación que había llevado a cabo para descubrir quién era el asesino de su madre.

Así, se había enterado de que los varones de la nobleza , solteros, pero también casados, solían buscar amantes fuera del circuito de los bailes oficiales. Y para eso existían este tipo de

locales. Eran lugares de encuentro selectos, situados en barrios tranquilos alejados de las zonas más lujosas. Las jóvenes que acudían a buscar fortuna, a ver si conseguían un amante rico y poderoso, no eran prostitutas, sino jóvenes de moral más relajada que las estiradas debutantes e hijas de condes y marqueses.

Solían ser jóvenes de familias más humildes que preferían tener un amante rico a un esposo pobre .

Muchas de ellas eran actrices, cantantes o bailarinas, o aspirantes a serlo.

Y todas, absolutamente todas, eran bellísimas.

Muchas de ellas conseguían amantes y algunas, incluso, se convertían en las favoritas del noble en cuestión, mucho más que sus propias esposas.

Había habido alguna famosa, que acudía a las fiestas del brazos de su amante en lugar de la esposa, que se quedaba en el palacio. Pero eran las menos, la mayoría de ellas eran utilizadas por aquellos hombres poderosos y luego abandonadas o cambiadas por otra más joven y bella.

Cuando Lizzy había descubierto esto, se había indignado. Había pasado a ser una razón más para odiar a los varones de la clase social privilegiada.

Esa era una buena razón para no intentar esa vía para acercarse a Shaw, pero había otra más poderosa: ella no era tan bella como las mujeres que acudían a esos clubs.

Sabía que tenía atractivo, pero era mucho más sutil que el de aquellas mujeres. La posibilidad de encandilar a Shaw en un lugar lleno de beldades era ínfima, por no decir, nula.

Y, además, ella no quería acostarse con él, solo quería que cambiara su mirada hacia ella, que la viera y la deseara. Solo durante un segundo.

Le bastaba con eso. Necesitaba eso para sentirse victoriosa y poder abandonar su nueva obsesión.

Estaba claro que tenía que buscar otra forma de acercarse a él y conseguir captar su atención sin montar un escándalo y no le estaba resultando fácil dar con ello.

Hasta que la suerte llamó a su puerta en forma de imprevisto.

Capítulo 27:

—Oh, Charles, no me hagas esto.¡Qué contratiempo! —Mary acompañó su queja con una expresión de verdadero disgusto, antes de añadir, resuelta —Entonces no voy a ir. No, este año no voy a ir.

Pero Charles acabó con su determinación de un plumazo.

—No digas tonterías, Mary, sabes que tienes que ir.

—¿Tenías que ir a Escocia justamente esta semana?

La frase de respuesta de Mary sonó a reproche, porque ciertamente lo era, pero Charles volvió a responder firme.

—Si mi madre me llama, tengo que acudir.

Mary soltó un suspiro. Era amiga de Charles desde hacía más de veinte años. Durante ese tiempo su amistad se había reforzado hasta hacerlos íntimos, salvando, por supuesto, la parte sexual. Pero había una persona que siempre, siempre, estaba por delante de Mary y sus necesidades para Charles: su madre, Kate McKay. Una escocesa de carácter, la única mujer que dirigía un clan y la persona por la que Charles dejaba todo y a todos si hacía falta.

Esa semana había recibido una carta pidiéndole que fuera urgentemente a Escocia y él no había dudado un momento, había cancelado todos sus compromisos y salía esa misma tarde hacia Edimburgo.

Pero entre los compromisos cancelados estaba uno importante que tenía comprometido con Mary.

Y acababa de dejarla en la estacada.

Casualmente, cuando ambos estaban discutiendo el asunto, Lizzy pasaba cerca de ellos,

envuelta en su propio conflicto para buscar una forma de acercarse a Shaw. Al ver a Mary tan disgustada, salió momentáneamente de sus pensamientos y le preguntó:

—¿Qué te ocurre, Mary?

—Que Charles no me quiere acompañar a la recepción.

No hizo falta añadir nada más.

Lizzy sabía perfectamente a qué se refería cuando decía “la recepción”. Todo el mundo en el establecimiento lo sabía.

El Rey y la Reina organizaban una recepción benéfica todos los años a la que invitaban a todos los representantes de asociaciones benéficas de Gran Bretaña y también a toda la nobleza. Era, de hecho, la mayor recepción del año, no solo por la cantidad de gente que se reunía, sino porque duraba un día entero. Había puestos de rifas benéficas, espacios de juegos, mucha comida y bebida y hasta un baile.

El objetivo era juntar a los más ricos con los representantes de los desheredados, conseguir alianzas entre ellos, en forma de donaciones, que permitieran a las asociaciones sobrevivir un año más.

Los reyes contribuían a ello con una asignación anual a todas las asociaciones, pero gracias a la recepción se conseguía que los nobles también aportaran algo.

Lo cierto es que a la nobleza no le gustaba mucho rascarse el bolsillo, pero como aquella recepción estaba organizada y patrocinada por los reyes, nadie se atrevía a no acudir.

Respecto al resto de invitados, los representantes de las asociaciones benéficas solían estar exultantes en comparación con los nobles. No sólo porque aquel día iban a conseguir financiación para todo un año, sino porque les permitía codearse con personas que estaban muy alejadas de ellas y a las que admiraban.

El lujo y el boato de la corte y la nobleza sólo estaba al alcance de unos pocos, pero aquel día, personas humildes podían disfrutar de él, y no solo eso, sino codearse con personas que, en circunstancias normales, ni les mirarían a la cara.

Pero había una persona entre ellos a quien todo aquello no solo no le motivaba, sino que

le provocaba un rechazo casi visceral: Mary Cooper.

Mary había fundado el refugio de mujeres libres precisamente porque iba en dirección contraria a lo que la “buena sociedad” consideraba adecuado.

Su refugio era clandestino por la misma razón. No es que fueran a meterle en la cárcel por regentar el refugio, pero, desde luego, harían todo lo posible por cerrarlo y, por supuesto, no recibiría ni un penique de las arcas de los reyes ni de lo conseguido el día de la recepción benéfica.

Por eso, desde el primer momento, Mary había tenido claro que tenía que mentir. Por eso había inscrito el refugio con otro nombre : “Centro religioso para mujeres devotas”. Y era así como era considerado por los reyes y por las pocas personas que reparaban en el lugar.

Había conseguido la ayuda cómplice de McKay, que era quien había avalado la idoneidad del centro ante las autoridades pertinentes, y así llevaban veinte años engañando a todo el mundo.

Aquello a Mary normalmente no le suponía ni un problema: había mentido y utilizaba una tapadera por una buena razón. Los cientos de mujeres que habían pasado por el refugio y habían conseguido vivir su vida plenamente con independencia avalaban su decisión.

Pero había un día al año en el que no se sentía nada cómoda con su mentira: el día de la recepción benéfica.

Una cosa era mantener una tapadera desde la comodidad del interior del refugio y otra, defenderla ante los Reyes y cientos de personas más.

Mary sufría ese día y solo lo llevaba medianamente bien porque acudía siempre del brazo de McKay, ejerciendo su papel de valedor del centro. Él, fuerte y encantador, tomaba las riendas del día. Se encargaba de saludar a todo el mundo y de llevar el peso de las conversaciones y las mentiras que tenían que contar ante las pocas preguntas que les hacían.

Pero esta vez él no iba a estar y le iba a tocar a Mary apechugar sola.

Eso es lo que había motivado sus protestas, sus desolación y su tristeza al ver que no le iba a quedar más remedio que ir.

Y todo esto lo había entendido Lizzy cuando le había escuchado decir a Mary “Que Charles no me quiere acompañar a la recepción”.

Pero, además de entender lo que ocurría, Lizzy vio de repente la solución al problema que tenía y le respondió rauda:

—Te acompaño yo, Mary.

Capítulo 28:

Mary pegó un ligero bote. Si hubiera tenido que hacer una lista de todas las personas que conocía, Lizzy habría aparecido en el último puesto como voluntaria para acompañarle a la recepción de los Reyes.

—¿Quieres acompañarme?, ¿a una recepción llena de nobles?

Mary, con el ceño fruncido, que mostraba su desconcierto y también su sospecha de que había gato encerrado, enfrentó a Lizzy con la evidencia.

Pero Lizzy tenía la respuesta adecuada:

—Y también llena de personas humildes que ayudan a los más necesitados.

Mary no se dejó engatusar. Seguía con la mosca detrás de la oreja:

—Lizzy, nunca has manifestado interés por esa recepción, al contrario, más de un año te he oído bufar cuando yo hablaba de los preparativos con Charles.

Y se la quedó mirando fijamente, intentando desentrañar qué había en la cabecita de su pupila más díscola.

—He decidido cambiar, Mary. Quiero empezar a vivir otra vida. Una en la que el deseo de venganza no sea lo que llena todo. Quiero empezar a vivir mi vida, no la de mi madre.

Lizzy había enfrentado sus enormes ojos verdes a los de Mary. Y sus ojos transmitían verdad.

Mary parpadeó. Era extraño escucharle a Lizzy hablar de aquella manera, pero no pudo evitar pensar que podía estar diciendo la verdad. Por muy extraño que fuera lo que acababa de escucharle, su expresión parecía sincera. Aún así, aún le interrogó un poco más, intentando aparentar seriedad:

—¿Y ese cambio?

—Ha sido el calabozo y todo lo ocurrido con el Conde de Skyland —respondió Lizzy rápidamente —Por un lado, siento que me he vengado habiendo humillado al Conde delante de todo el mundo, ha supuesto una especie de punto final a mi deseo de venganza por la muerte de mi madre. Y eso me ha hecho darme cuenta también de que no puedo pasarme la vida entera viviendo una vida que no es mía. Es hora de que me centre en mi.

Lizzy había deslizado una pequeña mentira o, mejor dicho, había ocultado información, ya que lo que le había hecho cambiar no había sido el episodio a la salida de la cámara de los lores, sino lo ocurrido durante el duelo. Pero imprimió verdad a lo que acaba de decir, ya que , en cualquier caso, todo lo que rodeaba al Conde de Skyland era lo que le había hecho dar un giro a su vida.

Y cuando dices algo sinceramente, suele convencer al interlocutor, como así pasó esta vez.

Mary abrió los ojos por la sorpresa e, inmediatamente, sin decir nada, abrazó a Lizzy.

Mantuvo el abrazo largo rato antes de volver a hablar:

—Lizzy, querida, no sabes la alegría que me acabas de dar. Llevo años viendo cómo dejabas pasar tu vida envuelta en la rabia. Lo que le ocurrió a tu madre fue terrible, pero no era tu responsabilidad hacer justicia. Además de que ya no era posible.

Mary se separó un poco, pero sin dejar de abrazarla, y la miró emocionada.

Lizzy se emocionó un poco también. Siempre había intuido que Mary se preocupaba por ella, pero ahora tenía la confirmación.

Y sí, ella también estaba de acuerdo: todo lo ocurrido con Nicholas Shaw la había sacado de quicio pero también había traído algo bueno: había salido de su círculo de deseo de venganza para empezar a vivir su nueva vida.

Aunque esta nueva vida también tenía su componente de venganza.

Esto último no se lo iba a decir a Mary, por supuesto.

—Yo también estoy contenta Mary, pero eso no significa que vaya a convertirme en

alguien dócil y fácil de manejar, ¿eh?

Y le guiñó un ojo.

Mary rió con ganas antes de contestar:

—¡¡Así lo espero!! No serías mi Lizzy entonces.

Y ambas rieron felices.

capítulo 29:

Tres días después, el hogar de mujeres libres estaba alborotado. Era el día de la recepción benéfica y, como no había ocurrido nunca, había carreras, prisas y cierto nerviosismo.

Durante los años anteriores, nada de eso había ocurrido, pero ahora había una novedad que lo cambiaba todo: Lizzy. Y ella había imprimido su peculiar estilo en aquel momento también.

Llevaba tres días sin parar de hablar de la recepción, en su particular estilo vehemente y nada discreto, así que no había nadie en el hogar que no supiera lo que iba a ocurrir y había conseguido que todas las chicas de alojamiento estuvieran pendientes del evento.

Y pendientes de su ropa.

Porque Lizzy también había cambiado en ese aspecto los últimos días: había empezado a preocuparse por cómo iba vestida.

Lo cierto era que aquello era extraño, muy extraño, ya que hasta entonces Lizzy se había vestido de la manera más funcional posible, con ropas sencillas de colores neutros y telas humildes. Y, de repente, le apetecía brillar y sacar mayor partido de su figura.

Aquello debería haberle hecho sospechar algo a Mary, pero lo cierto es que Mary estaba tan contenta con el cambio de Lizzy, que dejó de sospechar nada.

De hecho, hasta ella misma se fue contagiando y esta vez se vistió de manera más esmerada y atractiva que nunca.

Mary sólo abandonaba su ropa cómoda con pantalones masculinos cuando salía de los límites del hogar. En esas pocas ocasiones se ponía uno de los dos vestidos que tenía reservados. Vestidos correctos, pero aburridos.

Pero esta vez, dejándose llevar por la corriente de energía de Lizzy, había decidido ponerse un vestido nuevo. Uno que llevaba un año guardado en el baúl de su ropa y que no había pensado ponerse jamás, precisamente porque era demasiado llamativo para ella.

No es que el diseño del vestido lo fuera, al contrario, era un vestido bastante sencillo, pero estaba hecho de una muselina delicadísima en color blanco, con unas delicadas flores en color azul suave.

El vestido tenía una forma que se adaptaba perfectamente a su cuerpo, sacando lo mejor de su figura, su pequeña cintura y su pecho generoso, sin llegar a ser excesivo.

Solo se lo había probado una vez, en la intimidad de su habitación. Se había mirado en el espejo y se lo había quitado inmediatamente, asustada casi, por lo voluptuosa y guapa —sí, guapa— que se había visto.

No era adecuado para ella, había pensado, y lo había guardado.

Pero aquel día, animada por la energía de Lizzy, y por otra razón oculta, había decidido ponérselo.

—Mary, estás, estás… ¡¡estás guapísima!!.

Lizzy se quedó mirándola con la boca abierta y no pudo evitar decir en alto lo que todas las chicas estaban pensando.

—Sí, bueno, he pensado que debería esmerarme un poco más para no desentonar contigo.

Contestó Mary, intentando quitar la atención de ella.

—Es una pena que no te vea Charles.

Lizzy se había atrevido a decir en alto lo que estaban pensando todas las chicas, pero Mary cortó de golpe todos aquellos pensamientos poniéndose seria y respondiendo un poco brusca:

—¿A qué viene eso?

Se hizo un silencio incómodo. Todo el mundo en el alojamiento sospechaba que entre Mary y Charles podía haber algo más que amistad. No una relación ilícita, pero sí sentimientos

que iban más allá que los que tenían dos amigos. Era lógico pensarlo, ya que la sintonía entre ambos era evidente. Pero ni Mary ni Charles habían alentado jamás esa idea. Y de hecho, como acababa de ocurrir en ese momento, la habían cortado de seco cuando alguien se había atrevido a insinuar algo.

—Lizzy, tú también estás…, estás espectacular.

La voz dulce de Hipathia consiguió darle la vuelta al momento incómodo. Ahora la atención de todas se centró en Lizzy.

Que también estaba, como había dicho Hipathia, espectacular.

En su caso, llevaba un vestido verde esmeralda en seda brillante, que hacía que su piel blanquísima y pecosa y su pelo rojo destacaran como nunca.

El vestido se ajustaba a su cuerpo, pequeño, pero muy bien proporcionado. Tenía una cintura estrechísima que, al estar resaltada por el vestido, hacía que sus caderas y pechos destacaran, aunque fueran pequeños también.

Se había puesto también unos pendientes de piedras verdes y un collar y una diadema a juego.

Todo lo que llevaba puesto era de Alia Khan, una chica que había nacido en India, lugar del que provenían la seda y las piedras que ahora adornaban a Lizzy.

Mary se unió al coro de chicas que alababan a Lizzy, aliviada. No le había gustado lo que había dado a entender el comentario de Lizzy, aunque sabía que era un comentario que surgía de vez en cuando entre las chicas.

No le había gustado porque daba entender algo que no era cierto: que Charles tenía algún tipo de interés amoroso en ella.

No, no lo tenía.

Aunque, y menos mal que las chicas no tenían esa información, el vestido que llevaba ese día se lo había regalado él.

capítulo 30

Las alabanzas a lo guapa que estaba Mary salvaron al final el último escollo que se le habría podido presentar a Lizzy. Mary se había puesto muy nerviosa al sentirse el foco de atención y más nerviosa aún cuando cuando Lizzy había mencionado a Charles.

El posterior alivio al comprobar que cambiaban de tema, no fue tan intenso como para hacer desaparecer del todo su incomodidad y nerviosismo.

Y eso jugó a favor de la estrategia de Lizzy.

Una Mary en plena forma, en cuanto hubiera acabado el revuelo y hubieran salido rumbo al palacio real, se habría dado cuenta de lo evidente: que en aquella recepción también iba a estar el Conde de Skyland: Nicholas Shaw.

La persona a la que Lizzy no solo no debía acercarse, sino de la que debía mantenerse lo más lejos posible.

Maś de una milla si fuera posible.

Mejor aún: mil millas.

Pero Mary seguía sin pensar en Lizzy. Aún estaba sofocada por lo ocurrido, temerosa de que alguien descubriera que llevaba el vestido que Charles le había traído de regalo a la vuelta de uno de sus viajes a Escocia, con la excusa de que “necesitaba ropa decente para cuando salía del hogar”.

Mary era una luchadora que llevaba toda su vida centrada en el objetivo que se había marcado: sacar adelante el hogar de mujeres libres. Nunca había perdido el tiempo en temas femeninos: como el cuidado de la imagen, los vestidos, peinados y joyas.

Cuando McKay le había regalado aquel vestido, se había puesto como la grana, ya que se trataba de un regalo un poco íntimo, que no casaba con el tipo de relación que debía mantener con él, y luego le había regañado un poco, recordándole que ella “no era así”, finalmente, había decidido no ponérselo nunca.

Pero aquel día, Mary había cambiado de opinión.

Mary consideraba que no era bella: tenía la cara y las caderas demasiado anchas, su pelo era indomable, tenía poco pecho. En fín, ni siquiera aunque hubiera querido, habría recibido atención masculina. Pero con aquel vestido se había sentido diferente: bella por primera y única vez en su vida. Por eso, sabiendo que McKay no estaba, había decidido ponérselo aquel día: como excepción. Para sentirse como casi todas las mujeres se sienten tantas veces a lo largo de su vida.

Sin embargo, la admiración de las chicas y la frase de Lizzy no habían hecho más que confirmarle que ella no estaba hecha para esas frivolidades.

Ya era tarde para cambiarse de ropa y volver a ponerse uno de sus dos aburridos vestidos, así que tuvo que salir con él puesto. Pero eso le hizo no sentirse cómoda en ningún momento.

Y también no darse cuenta de que Lizzy iba a estar muy cerca del Conde de Skyland.

Con el paso de los minutos, una vez que llegaron y, como el lugar estaba lleno de beldades mucho más jóvenes, atractivas y lujosamente vestidas que Mary, quedó claro que la admiración que habían sentido las chicas del hogar hacia Mary no se iba a repetir en la recepción, quizá se habría relajado y se habría percatado del peligro. Pero entonces ocurrió otra cosa inesperada que vino en ayuda del plan de Lizzy: aparecieron Rose Harris, Vizcondesa de Rockfield, y Georgia Phillips, Duquesa de Shetland.

—¡Mary, qué alegría verte!

La voz alegre y enérgica de Georgia les llamó la atención un minuto después de que hubieran puesto pie en los jardines del palacio real, que ya estaban llenos de personas y puestos .

—¿Qué hacéis vosotras aquí?

Mary se sorprendió, pero, al mismo tiempo, sintió que el día se volvía más luminoso, ya que tanto Georgia como Rose habían vivido en el hogar antes de casarse y no solo eso, sino que se trataba de dos de sus amigas más queridas.

—¿Qué vamos a hacer? Acompañar a nuestros maridos en una cita ineludible —dijo Georgia, sonriendo pícara —aunque hemos conseguido que nos dejen pasear por el jardín tranquilas, mientras ellos hablan de sus cosas con el resto de hombres serios acodados en el puesto de las bebidas.

Añadió, no sin ironía, ya que adoraba a su esposo, pero también estaba encantada de verse libre de él durante un rato. Sobre todo si ese rato iba a pasarlo con sus mejores amigas.

—Me alegro de verte, Lizzy.

Esta vez fue la voz dulce de Rose la que sonó. Dirigiéndose a Lizzy, a la que Georgia había ignorado.

En el tiempo que habían convivido en el hogar, la tensión entre Georgia y Lizzy había saltado varias veces: eran bastante incompatibles, pero habían conseguido finalmente limar sus asperezas, no para convertirse en amigas, pero sí para mantener las formas y la buena educación.

Una educación que Georgia había abandonado cuando había saludado solo a Mary.

Sin embargo a Georgia aquello no le quitaba el sueño. Como tampoco se lo quitaba dirigirse a Lizzy después de su amiga Rose con una de sus preguntas directas.

—Eso, Lizzy, ¿qué haces aquí? Eres la última persona a la que imaginaría acudiendo a un evento de este tipo. O de cualquier tipo que no sea una protesta.

Georgia había dicho aquello sonriendo y con tono amable, pero sonó más como un disparo que como un saludo de bienvenida.

Mary pegó un bote, previendo que se pudiera organizar una pelea entre ambas.

Y Rose se atrevió a reprender a su amiga, tan solo diciendo su nombre en tono grave:

—Georgia.

En cualquier otro momento Lizzy habría contraatacado, haciendo realidad lo que había temido Mary, pero esta vez aguantó el tipo.

Le costó, pero lo hizo, porque lo necesitaba para conseguir lo que había ido a buscar: toparse con Nicholas Shaw.

Además, sabía por qué Georgia había vuelto al ataque con ella: tanto su marido como el de Rose habían intercedido para que saliera del calabozo. Seguramente aquello no le había gustado nada

Así que Lizzy, aunque con la mandíbula apretada, fue capaz de responder educadamente a Georgia:

—Sí, he decidido utilizar mi energía en causas más tranquilas, pero no menos importantes. Por eso he decidido acompañar a Mary hoy. Me gustaría encontrar alguna institución benéfica en la que participar.

Las tres mujeres abrieron los ojos como platos. También eran las primeras noticias para Mary. Y, una vez más, fue Rose quien respondió de la manera correcta:

—¡Oh, Lizzy, cómo me alegro! ¡Sabía que tarde o temprano utilizarías tu maravillosa energía en algo así!

Lo cierto era que escuchado en los labios de Rose, tenía sentido. Hasta para la propia Lizzy que, por supuesto, no había ido allí para lo que acababa de decir.

Pero bueno, dos cosas habían quedado claras, que Rose era un ángel y que le acababa de dar la excusa perfecta para hacer lo que había ido a hacer.

—Si me disculpáis, y ya que estáis en mutua compañía, voy a dar una vuelta por el jardín, me voy a acercar a los puestos, para ver qué misión encaja mejor en lo que yo puedo aportar.

Casi se escuchó el suspiro de alivio que sonó en la cabeza de Mary, al ver que lo que más temía, una pelea entre mujeres que adoraba, acababa de diluirse.

También casi se escuchó el chasquido de desdén, pero también alivio, que sonó en la cabeza de Georgia.

Lo que sí se escuchó fue a Rose:

—Me parece una idea genial, Lizzy, nosotras estaremos por aquí. Luego nos cuentas a

qué causa has decidido unirte.

Lizzy sonrió, hizo un gesto de saludo a las tres y se marchó, a mirar los puestos con un ojo, mientras que por el rabillo del otro intentaba localizar a Nicholas Shaw.

capítulo 31:

Diez minutos después y tras haber visitado, casi a la carrera, todos los puestos desperdigados por el jardín, Lizzy no había encontrado ni rastro de Nicholas Shaw.

Se había cruzado con muchos caballeros elegantemente vestidos, nobles todos. Caballeros a los que anteriormente habría embadurnado gustosamente de barro, pero que en su nueva vida tenía que respetar o, como mucho, ignorar educadamente.

En cualquier caso, ninguno de ellos era el Conde de Skyland.

Durante aquellos diez minutos, además, había tenido que esquivar varias veces al grupito formado por Rose, Mary y Georgia.

A pesar de que los jardines eran enormes y los puestos estaban desperdigados en una amplia zona, por una mala casualidad, el destino le estaba llevando una y otra vez al lugar por el que paseaban las tres mujeres.

Por suerte, y como siempre que estaban juntas, estaban inmersas en una animada charla y no se habían percatado de su presencia en ninguna de las ocasiones que habían estado cerca.

Bueno, esto no era del todo cierto, una de las veces Rose la había visto, pero se había mantenido discretamente en silencio , sin avisar a las otras dos de su presencia, y se había limitado a sonreírle con cariño.

Casi, como si supiera qué estaba tramando.

Esto, por supuesto, era imposible. Ni ella misma unos días antes hubiera imaginado que iba a ser capaz de hacer lo que planeaba. Así que era imposible que Rose lo adivinara.

Imposible.

Lo que pasaba era que ella estaba tan agobiada por la necesidad de encontrar a Shaw sin

que ellas se dieran cuenta, que su imaginación le estaba presentando sus mayores temores.

Algo que no iba a ocurrir, se dijo, intentando tranquilizarse, mientras se fijaba, por enésima vez, en la trayectoria que tomaban las tres, para intentar coger la dirección opuesta.

Y justo cuando quitó la vista de las tres figuras, que ya se alejaban dándole la espalda, se fijó en un movimiento a su derecha.

Era una figura alta , vestida elegantemente. Una de tantas en aquel lugar. Pero hubo algo en la forma de moverse que captó su atención.

Un movimiento elegante, pausado y seguro.

Una forma de andar y moverse que conocía perfectamente.

Efectivamente, se fijó y, sí, era Nicholas Shaw.

Tuvo menos de un segundo de tiempo para confirmarlo, porque la figura estaba entrando en un edificio pequeño de una sola planta que había en un extremo de los jardines. Un edificio que, en principio, no entraba en el circuito de puestos benéficos entre los que se desperdigaban todos los invitados.

Pero era él, no tuvo ni una duda Lizzy.

Y tampoco la tuvo de que acababa de tener un golpe de suerte inesperado.

Seguramente en aquel edificio solo estaría él, si se daba prisa y entraba, conseguiría los minutos que necesitaba para captar su atención.

Lizzy se dirigió al lugar a paso rápido, pero sin correr, ya que no quería llamar la atención. Como estaba muy cerca, con un poco de suerte, conseguiría llegar a donde él antes de que volviera a salir, algo que, se temía, iba a ocurrir en cualquier momento, ya que en aquel lugar estaba segura de que no había nada.

En ningún momento, en el breve lapso de tiempo que necesitó para llegar al lugar, pensó que era extraño que Shaw entrara en un lugar en el que no había nada.

Tampoco pensó en cómo iba a reaccionar cuando le viera. Se había puesto guapa, sí, pero, aún así, seguía sin ser especialmente llamativa, aparte de su llamativo pelo rojo, y , por supuesto, no tenía ni idea de cuáles eran las armas de seducción ni de cómo utilizarlas.

Lo cierto era que si se hubiera parado a pensar aunque fuera un segundo, habría abortado lo que iba a hacer. Era todo una locura sin sentido, desde el primer momento en que se le había ocurrido.

Y una locura mayor intentar ponerlo en práctica en aquel lugar.

Pero Lizzy no se caracterizaba por ser reflexiva sino, precisamente, por dejarse llevar por sus locuras.

Así que entró en el lugar decidida, dispuesta a librar la nueva batalla que se había propuesto: conseguir que Nicholas Shaw se interesara por ella un segundo al menos, solo para poder despreciarlo después.

Pero nada más entrar algo que no había previsto le hizo parar de golpe.

Una voz.

Una voz femenina.

Un gemido, más que una voz.

Capítulo 32:

Alguien estaba haciéndole daño a alguien.

A una mujer.

Lizzy ya había pasado por ello. Cuando era una niña.

Por eso se quedó paralizada, aterrorizada, incapaz de mover un solo músculo, con el estómago encogido y el corazón latiendo desbocado.

De repente, el recuerdo de lo ocurrido con su madre dejó de ser un recuerdo para hacerse presente como si estuviera ocurriendo de nuevo. Lizzy sintió la misma impotencia y el mismo dolor atravesándole de lado a lado, que había sentido cuando el asesino de su madre, el respetable Duque de Loothgrass, la había acuchillado delante de ella.

Pero esa sensación horrible duró tan solo un segundo.

No, no había vuelto al pasado. Habían transcurrido veinte años desde entonces. Su madre yacía bajo tierra y ya no gritaba ni sufría. Ella ya no era una niña. Era una mujer hecha y derecha, fuerte y decidida y no iba a permitir que delante de ella volviera a ocurrir un crimen.

Y había otra diferencia sustancial: la mujer que estaba siendo atacada, no estaba siendo acuchillada.

Se escuchaba una voz femenina sin duda, una voz gimiendo. Eran gemidos de dolor, eso parecía,…si …, aunque eran extraños. Diferentes.

En cualquier caso, Lizzy , ya recuperada, tomó la decisión de actuar.

Y hacerlo por sorpresa.

Era la única forma que una mujer pequeña como ella pudiera tener una opción de salir victoriosa en un enfrentamiento.

Así que se dirigió, silenciosa, hacia la puerta tras la cual sonaban los gemidos.

Apoyó su mano con suavidad y, tras respirar profundamente, abrió de golpe y se introdujo corriendo en la habitación que había al otro lado.

No tenía ni idea de qué iba a encontrar al otro lado, pero tampoco tenía miedo.

Siguió sin tenerlo cuando vio finalmente lo que estaba ocurriendo, pero se quedó de nuevo paralizada.

Porque lo que estaba viendo no tenía nada que ver con lo que había imaginado.

Ni entonces ni nunca.

El lugar era un pabellón de caza, pero ya en desuso, por eso estaba limpio, muy limpio, pero con apenas muebles y desangelado.

Las paredes estaban desnudas y en el centro de la estancia había una mesa de piedra.

Y dos personas.

Una de ellas, la mujer que gemía, estaba sentada sobre la mesa medio desnuda.

Aún llevaba encima el vestido, pero su parte de arriba estaba abierta, dejando a la vista dos pechos llenos, perfectos y de buen tamaño.

La única parte del vestido que se mantenía en el lugar en el que debía estar era la parte de la cintura. La falda, sin embargo, estaba levantada hasta esa misma cintura, dejando a la vista sus dos piernas. Bueno, realmente solo se veía una: totalmente desnuda: desde el inicio superior del muslo, hasta la punta del pie, colgaba hacia el suelo sin tocarlo.

De la otra pierna solo se veía parte del gemelo y el pie. No se veía el resto porque algo estaba interpuesto delante.

Un hombre.

Él estaba de pie, pegado a la mesa, en concreto, al lugar en el que estaba la mujer, que era joven y muy bonita. De hecho, estaba pegado a la mujer bonita, porque desde donde estaba mirando Lizzy, ambos parecían un solo cuerpo.

Lizzy se fijó entonces en dos detalles significativos: a los pies de ambos, en el suelo, se veían unos zapatos femeninos, unas enaguas y unas medias con sus ligas. Las prendas no estaban

colocadas de forma ordenada, pero tampoco desperdigadas y rasgadas o rotas, como habrían estado si a la mujer se las hubieran arrancado a la fuerza.Y, por otro lado, la pierna que no se veía completa, de la que solo asomaban la pantorrilla y el pie, estaba enroscada alrededor de la cintura del hombre: un gesto que solo se podía realizar de manera voluntaria, no obligada ni forzada.

Es decir, la mujer no estaba en aquella posición y medio desnuda contra su voluntad.

Durante los pocos instantes de parálisis, Lizzy anotó esto en su mente. Pero no fue lo único.

Anotó también que el hombre estaba inclinado hacia adelante. Y que sostenía uno de los pechos de la mujer en su mano derecha, mientras su boca agarraba el pezón del pecho izquierdo.

Anotó que la mujer, joven y preciosa, tenía la cabeza hacia atrás, dejando su larga melena dorada libre, como una cascada de agua limpia y brillante, y mantenía los ojos cerrados y una expresión que solo se podía definir de una manera, como éxtasis extremo.

Anotó también que en ese momento no se oía ni un solo gemido, pero que no parecía que, a la vista de lo que estaba viendo, los que había escuchado un momento antes fueran de dolor, sino de algo mucho más perturbador y electrizante. Algo que el rostro de la joven estaba reflejando sin duda: placer.

Y justo cuando terminó de anotar mentalmente todo aquello, la mujer abrió los ojos, primero envuelta en la somnolencia que parecía provocarle el placer, pero, en cuanto la vio, con absoluto terror.

Algo que corroboró el grito que emitió inmediatamente después.

Un grito agudo, pero corto, muy corto. Ya que la mujer pareció darse cuenta de que no le convenía llamar la atención de los invitados que estaban en el exterior, así que se tapó la boca con su mano, saltó de la mesa, después de empujar al hombre para quitárselo de encima, recogió las ropas y zapatos del suelo y, tal y como estaba, medio desnuda, se dirigió a la puerta corriendo.

Una vez llegó a la puerta, se dió cuenta de que no podía salir de aquella manera, así que

se empezó a vestir, atropellada y rápidamente, colocándose todo de manera precipitada, pero logrando al final taparse y tener un aspecto medianamente aceptable.

Cuando terminó de adecentarse, se dio la vuelta, miró al hombre, la señaló a ella y dijo, con voz autoritaria.

— ¡Que no diga nada!

Y salió del lugar, dejándola sola con el hombre.

capítulo 33:

—Señotita Turner, ¿hay alguna posibilidad de que deje de tocarme las narices?

El hombre era, no podía ser otro, Nicholas Shaw, Conde de Skyland.

Ella lo había sabido desde el mismo instante en que había abierto la puerta.

Lo había visto de espaldas y con la cabeza agachada, pero, aún así, había sabido que era él.

Lo cierto era que las posibilidades de que fuera él eran altísimas, ya que ella había entrado en el lugar siguiéndole. Sin embargo, cuando había escuchado los gemidos, que ahora sabía que eran de placer y no de dolor, no había pensado que el causante fuera él, había pensado que otro hombre estaba maltratando a una mujer.

Por muy antipatico que se le hubiera hecho desde el día que el había visto por primera vez, por mucho que lo hubiera escogido para llevar a cabo la venganza por el asesinato de su madre, nunca había pensado en él como un hombre que pudiera hacer daño a una mujer.

Lo había atacado por representar lo que más odiaba, pero en su fuero interno siempre había sabido que no era un maltratador ni un asesino.

Y los hechos acababan de darle la razón a esa intuición suya. Los gemidos se los había producido él a la mujer, pero no por hacerle daño, sino por todo lo contrario.

En cualquier caso, ahí estaba de nuevo frente a él, en lo que se intuía como un nuevo desencuentro explosivo.

Sin embargo, la primera reacción de él no fue tal, al contrario. A pesar de que la frase que acababa de soltar era bastante radical, “deje de tocarme las narices” le había dicho, el tono en el que la había soltado, irónico, y sobre todo, su postura y actitud, estaban siendo diferentes a las

veces anteriores.

A pesar de haberle descubierto en una postura comprometida, a pesar del revuelo organizado por la mujer a la que había estado besando unos instantes antes, él aparentaba estar tranquilo.

Se había dado la vuelta y estaba frente a ella, mirándola, apoyado suavemente en la mesa, con la cabeza ligeramente ladeada y una media sonrisa irónica, mirándola fijamente, entre intrigado y divertido.

Como si estuviera ante un hecho insólito, pero interesante al mismo tiempo.

No había ni rastro del desagrado de la primera vez, o el desconcierto cuando le había abordado la segunda vez y le había retado en duelo, o, finalmente, la actitud despectiva y autoritaria cuando se había despedido de ella tras el duelo fallido.

Ahora parecía incluso estar divirtiéndose con lo concurrido.

Y también parecía que no se había sorprendido al verla, como si la estuviese esperando, a pesar de que la última vez que la había visto le había exigido desaparecer de su vista para siempre.

A pesar de que acababa de decirle que dejara de tocarle las narices.

Ese contraste entre lo que esperaba de él y lo que su actitud parecía transmitir hizo que Lizzy se desconcertara aún más que por lo que acaba de ocurrir y que se mantuviera paralizada más tiempo, quedando los dos mirándose como estatuas.

Y haciendo el momento más incómodo de lo que era, al menos para ella, porque él seguía pareciendo cómodo en esa situación.

Estaba claro que él no iba a hacer ni decir nada más y que aquello no le creaba ninguna incomodidad. Estaba claro que quien tenía que hacer algo era ella. Y esa idea le dio fuerzas a Lizzy para moverse.

Empezó a andar, al principio vacilante, pero poco a poco con más seguridad.

En realidad lo que estaba ocurriendo era un golpe de suerte. Ella había organizado todo aquello porque no había soportado que él la despreciara e ignorara el día del duelo. Lizzy Turner

aceptaba que la odiaran, pero no que la ignoraran.

Y, al parecer, Nicholas Shaw había dejado de ignorarla.

Sí, le acababa de decir que le dejara en paz, pero lo había hecho sonriendo y con una actitud y una mirada que estaban, en realidad, diciendo lo contrario.

Al parecer, con su aparición intempestiva había conseguido lo que buscaba, que él se percatara de que ella era especial, diferente. Había conseguido que tuviera curiosidad e interés.

A medida que se iba acercando a él, la sensación de que había conseguido lo que buscaba era más y más fuerte.

Él no solo tenía una actitud diferente a las veces anteriores, sino que empezaba a poner una expresión claramente divertida. Como cuando estás ante un espectáculo nuevo que no sabes cómo va a continuar pero sí sabes que te interesa.

Esto hizo que Lizzy se envalentonara aún más, que su paso fuera más firme y que finalmente llegara a la altura donde estaba él, muy cerca…

¿Demasiado quizá?

Podía oler su perfume, sutil y muy masculino, casi podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo.

Sí, quizá se había acercado demasiado.

Sin embargo, él no parecía incómodo, al contrario, la sonrisa se le había ampliado en el rostro.

Y no se le habían quitado las ganas de hablar. De hecho, lo hizo, aunque esta vez su voz sonó un poco más áspera que la anterior.

No, áspera no, sólo ligeramente ronca:

—Veo que no me va a hacer caso, una vez más, señorita Turner, y va a seguir tocándome las narices.

A pesar de que la frase parecía hostil, la amplia sonrisa con la que lo había dicho le confirmó a Lizzy que algo había cambiado en él.

Y también que estaba a punto de conseguir su objetivo.

En cualquier caso, Lizzy no renunció a mostrarse como era, peleona, y le respondió desafiante:

—No me gusta que me digan lo que tengo que hacer.

—Ummm, sí, ya veo —dijo él, bajando el volumen de su voz, de forma que sonó susurrante, y bajando también su cabeza, de forma que sus labios quedaron a pocos centímetros de la oreja de ella.

De forma que el aliento de él le acarició el lóbulo.

Lizzy sintió un escalofrío, pero no desagradable, al contrario, fue a contestarle algo, pero se había quedado sin voz.

Entonces él siguió hablando, aún más cerca de su oído y haciendo que el escalofrío se incrementara y la recorriera entera, de arriba a abajo.

—¿Qué puedo hacer por usted, señorita Turner?

Ya estaba.

Lizzy lo supo.

Había conseguido llamar la atención de Nicholas Shaw, Conde de Skyland, y no solo había llamado su atención, sino que su actitud y sus palabras , no tenía ni una duda, le estaban mostrando que estaba interesado en ella.

Había ganado aquella batalla, una vez más, como siempre.

Lizzy siempre se salía con la suya.

Ahora podía darse media vuelta y dejarlo plantado e insatisfecho.

Rabiando.

Era el colofón perfecto para todo lo que había pasado.

Era el objetivo de su plan.

Sin embargo, no lo hizo.

Aunque, estaba segura, era lo que quería hacer.

En su lugar, lo que hizo fue levantar la cara, mirar con sus ojos verdes, encendidos a los grises de él, ponerse de puntillas y unir sus labios a los de él.

capítulo 34:

El beso surgió sin pensarlo, como un gesto esperado. Y una vez los labios entraron en contacto, siguió igual.

Ni uno de los dos se sobresaltó o hizo un gesto para separarse, al contrario, ambos unieron sus labios como si eso fuera lo natural

Pero eso no quería decir que lo natural fuera suave o tranquilo.

No.

Al menos en el caso de Lizzy, sentir los labios de Nicholas en los suyos le produjo un impacto como nada se lo había producido antes.

Sintió una corriente de energía desde la boca que se irradió por todo su cuerpo. Una energía que se movió por su exterior, erizando toda su piel, pero también por su interior, sintiendo una paz y una armonía como no había sentido nunca.

“Este es tu sitio”, escuchó una voz en su interior y supo que era cierto. Que toda su vida le había llevado a ese lugar y a ese momento, que ese había sido su destino desde que había salido del vientre de su amada madre.

Desde antes incluso.

Desde antes de nacer.

Desde antes de existir.

Si Lizzy hubiera sido dueña de sus pensamientos y sentimientos, como lo había sido siempre hasta ese momento, habría tachado de locura todo lo que estaba pensando y sintiendo.

Habría pensado que se había vuelto loca. O que estaba enferma y deliraba.

Pero con el beso, Lizzy había dejado de pensar como siempre. Había dejado de controlar sus pensamientos y, simplemente, se estaba dejando llevar. Como si se hubiera caído en un río de corriente brutal y hubiera dejado de luchar contra ella y, simplemente, se hubiera dejado llevar.

Lizzy se dejó llevar por lo que sentía, sí, y todo era maravilloso.

Los labios sorprendentemente cálidos y suaves de Nicholas Shaw. Su respiración acompasada a la de ella. Los leves gemidos que se escuchaban, y que eran una combinación de los de ella y los de él.

Incluso la voz de ambos diciendo muy suave el nombre del otro:" Lizzy", "Nicholas"

¿Había dicho ella el nombre de él, con dulzura y apremio?

Si, lo había hecho. Y quería volver a hacerlo. Y quería volver a escuchar su nombre de labios de él, mientras seguían besándose, cada vez de manera más intensa, más apasionada.

Porque en un momento dado, ella, dejándose llevar por el río de la pasión, entreabrió sus labios. Fue algo leve, pero él lo notó y entreabrió los suyos también.

Y sacó su lengua y la pasó por los labios de ella, con cuidado, con delicadeza, hasta hacer que ella pronunciara su nombre, esta vez de manera más intensa y urgente, como pidiéndole algo.

Algo que ella no sabía qué era pero que sentía que le faltaba.

Y él supo lo que era.

Metió su lengua en la boca de ella, y le acarició con ella de manera que ella entendió que debía hacer lo mismo.

Y lo hizo.

Y sus lenguas se unieron como lo habían hechos su labios, y la energía que le había bañado entera se intensificó, haciendo que el disfrute, pero también un deseo inmenso, se apoderaran de ella.

Nicholas Shaw, el estirado Nicholas Shaw, había desaparecido, y en su lugar había un hombre fuerte y suave al mismo tiempo, atractivo e intenso, que iba , sin necesidad de hablar, descubriendo lo que ella necesitaba y dándoselo. Y, al mismo tiempo, creando un cŕculo de

agonía, deseo y placer, haciéndole desear más y más.

Fue ese deseo infinito el que le hizo a Lizzy ponerse de puntillas, queriendo llegar más a él, pegarse más, introducirse en él, aunque esto último fuera imposible,

Pero Nicholas entendió su deseo e hizo algo maravilloso: la cogió entre sus brazos y la depositó sobre la mesa, sentándola, enfrentada a él , después, se pegó a ella, mientras la atraía hacia él más y más, de forma que sus sexos, que eran la única parte de sus cuerpos que habían estado separadas hasta ese momento, se juntaron también.

Con varias capas de tela interpuestas, pero, aún así, el contacto fue brutal para Lizzy.

Brutalmente maravilloso.

Esto hizo que echara la cabeza hacia atrás, en un intento de controlar los espasmos de placer que le recorrían y soltara un gemido gutural y profundo.

Y Nicholas pareció volverse loco cuando lo escuchó.

Loco de deseo.

Se agachó un poco sobre ella y le descubrió los pechos. Unos pechos que ya había descubierto anteriormente, el día del duelo.

Pero esta vez no tenía nada que ver con aquella. De hecho, por la forma delicada en que le bajó los tirantes, besando su piel suavemente a medida que la iba descubriendo, parecía que Nicholas quería compensar lo que le había hecho el día del duelo.

Parecía que quería demostrarle que se podía hacer lo mismo, pero con un sentido totalmente diferente, y que lo que había sido un ataque, se podía convertir en lo más maravilloso posible.

Así lo sintió al menos Lizzy, que cuando notó el aire fresco sobre sus pechos desnudos, manteniéndose arqueada, con la cabeza hacia atrás y su pelo cayendo en cascada sobre la mesa, adelantó un poco su tronco hacia él, Sus pechos hacia él, sus pezones hacia su boca.

Sí, quería que le besara en ellos, primero el derecho, luego el izquierdo. Con la misma suavidad con la que le estaba besando los hombros, la piel de la base del cuello, el inicio de sus pechos…

Pero entonces una imagen se interpuso en lo que estaba ocurriendo.

Apareció ante ella la escena que había interrumpido unos minutos antes y se dio cuenta que estaban representando la misma escena, las mismas posturas, los mismos gemidos.

“Estás haciendo lo mismo que ella”, “te está haciendo lo mismo que a ella”

Y algo encajó en su mente.

Ella en ningún momento había querido eso, se había dejado llevar por un deseo incontrolable, pero su objetivo no había sido nunca ese, sino simplemente despertar el interés de él y luego abandonarlo, dejarlo con las ganas.

En vez de eso, se había dejado llevar y no solo no le había dejado con las ganas, sino que le estaba dando lo que quería.

¡Se estaba dejando seducir por un noble, lo peor que le podía ocurrir!

Y ni siquiera podía decir que era algo especial, al menos para él, ya que hacía unos minutos se lo había estado haciendo a otra mujer.

Ella era una más de usar y tirar.

¡Y no lo podía consentir!

Sacando fuerzas gracias a esa evidencia en su mente, Lizzy apartó a Nicholas de un manotazo, se bajó de la mesa y salió del lugar asentándose la ropa, en una repetición inquietante de lo que había hecho la otra mujer unos minutos antes.

capítulo 35:

Lizzy había sacado conclusiones precipitadas, algo que solía hacer a menudo.

Había dado por hecho que Nicholas la ignoraba y la despreciaba.

Había dado por supuesto que Nicholas Shaw la había utilizado como desahogo sexual a cambio de la chica a la que ella había asustado.

Pero no era así.

Para Nicholas ella no era una más.

No lo había sido desde el momento en que la había conocido.

Ciertamente no era difícil volverse inolvidable si te dedicabas a llenar de barro a otra persona, pero Lizzy no había llamado la atención de Nicholas por eso.

O no solo por eso.

Pasado el primer momento de desagrado, cada vez que la había tenido delante, le había ocurrido algo extraño.

Aquella mujer le desesperaba, se daba cuenta de que era ingobernable y díscola, peligrosa incluso, por lo poco que le importaba el qué dirán y las convenciones sociales, pero, por eso mismo, le resultaba fascinante,.

Y, lo que más le desconcertaba: le atraía de todas las formas posibles.

Le atraía porque le resultaba fascinante su fuerza y su determinación, jamás había conocido a nadie como ella, dispuesta a enfrentarse a alguien poderoso como él sin miedo.

Y le atraía físicamente.

Mucho.

Muchísimo.

Y esto último le tenía terriblemente intrigado.

Porque la señorita Turner, Lizzy Turner, Lizzy, como había empezado a llamarla para sí mismo, no era una mujer especialmente bella.

No era fea, desde luego, tenía aquel pelo rojo llamativo y bonito, sí. Y unos ojos verdes de gata que brillaban y echaban fuego. Dos rasgos remarcables, pero no suficientes para hacer de ella una belleza.

Y, hasta entonces, él sólo se había encaprichado de bellezas.

De mujeres con cuerpos y caras perfectas, además de rasgos remarcables como los dos de Lizzy.

¿Lizzy tenía mal cuerpo? No, tenía un cuerpo bien proporcionado, él había visto sus pechos edsnudos y eran bonitos y redondeados, pero era muy pequeña, se alejaba mucho del tipo de mujer escultural que a él le gustaba.

Y respecto a su cara, no era fea, pero desde luego, distaba mucho de las mujeres de rasgos perfectos que solían convertirse en sus amantes.

No, si Lizzy no le hubiera llenado de barro y no le hubiera retado a duelo, jamás se habría fijado en ella. Pero lo había hecho, y no solo se había fijado en ella sino que se había convertido en una obsesión para él.

Le gustaba, no sabía por qué, pero le gustaba mucho.

Desde el día del duelo le había dado muchas vueltas a aquello y había agradecido que ella desapareciera de su vida, tal y como él le había exigido, precisamente para no tener que lidiar con aquellos sentimientos tan extraños y contradictorios en él.

Pero ese día, cuando había aparecido como una furia y había desbaratado su momento de intimidad con su última amante, una joven burguesa recién casada con un millonario anciano, no sólo no se había enfadado por alejar a su amante de él, ni por hacer caso omiso a su exigencia de desaparecer de su vida, sino que había sentido una alegría inmensa por volver a verla.

Había intentado disimularlo, por supuesto, ante ella y ante él, manteniendo su postura

orgullosa y ligeramente cínica y soltando aquella frase, pero internamente se había sentido perdido.

Aquella joven ingobernable no debía gustarle.

Pero le gustaba.

Por eso, cuando ella, en un acto también incomprensible, le había besado, él había perdido el autocontrol que le caracterizaba y había acabado cogiéndola entre sus brazos y dejándose llevar por lo que el cuerpo y el alma entera le pedía.

¿Cuánto tiempo habían estado besándose y acariciándose? No tenía ni idea, podía haber sido tan solo segundos o una vida entera, lo que sí sabía era que se había sentido mejor que nunca.

Se había sentido en el paraíso.

A pesar de que había acabado haciéndole a Lizzy lo mismo que minutos antes le había hecho a la joven burguesa, en realidad no tenía nada que ver.

Lo que había sentido con Lizzy, la necesidad que había tenido de unirse a ella, de hacerse uno con ella, había sido lo más fuerte que había sentido en su vida.

Por eso, cuando ella, en un nuevo acto impredecible, se había apartado de él y había huído del lugar, Nicholas Shaw se había sentido vacío y desorientado.

No sabía qué le pasaba, pero tenía claro que necesitaba a Lizzy Turner como respirar.

Capítulo 36

Lizzy salió casi a la carrera, terminando de colocarse bien el vestido una vez fuera del pabellón de caza y haciendo que un par de miradas indiscretas se fijaran en ella.

Enseguida calmó sus pasos y con el último retoque del cabello empezó a pasar desapercibida.

Hasta que alguien la distinguió entre la multitud:

—Lizzy, ¿todo bien? ¿Has encontrado lo que buscabas?

Mary, sentada en un banco, escoltada por Rose y Georgia, también sentadas, le miraba sonriente, pero también un poco intrigada.

A pesar de que Lizzy ya estaba aparentemente serena y como siempre, Mary, que la conocía como la palma de su mano, debió de notar algo.

Pero esta vez Rose salió al quite, ayudando con su comentario a Lizzy.

—Vamos a dar un paseo las cuatro, el baile está a punto de empezar, vamos a ver cómo está organizado todo.

Rose era el nexo de unión entre todas, era la única a la que todas aceptaban y apreciaban , así que nadie puso ni una pega, aunque realmente ni a Georgia ni a Lizzy les apetecía demasiado pasar un rato juntas.

En cualquier caso, el lugar estaba animadísimo, así que hicieron el recorrido hasta el lugar en el que se iba a realizar el baile, muy animadas y entretenidas y sin necesidad de que Georgia y Lizzy intercambiaran palabras.

Cuando llegaron a la zona del baile, los músicos ya se encontraban en un pequeño templete central, afinando sus instrumentos, varias señoras de edad avanzada estaban sentadas en

las sillas que rodeaban la improvisada pista de baile al aire libre, y muchas jovencitas, nerviosas y dando vueltas alrededor, estaban esperando que la música empezara ya.

Los caballeros aún no se habían acercado en gran número, pero en cuanto sonaran los primeros acordes, lo harían.

Aquel baile era diferente a los bailes que se solían celebrar entre la nobleza y la alta sociedad. La diferencia sustancial era que, aparte de los habituales de ese tipo de bailes, había también personas que no pertenecían a los estamentos sociales más altos.

Al tratarse de un evento benéfico, estaban invitadas también personas de la burguesía y también algún y alguna joven de orígenes humildes.

Esto hacía que las expectativas por el baile fueran altas para algunas personas.

Para cualquier jovencita de familia burguesa, e incluso humilde, ser invitada a un evento como aquel podía suponer un cambio total en su vida: una oportunidad de oro.

Si algún caballero noble se fijaba en ellas, su vida estaría solucionada para siempre.
Y lo cierto es que ese días, sobre todo durante el baile, se veían cosas insólitas. Como todo un Duque millonario pasar todo el baile con la misma joven humilde trabajadora de un centro benéfico. O varios jóvenes nobles pelearse por bailar con beldades a las que fuera de ese día no les mirarían a la cara por sus orígenes.

Pero a efectos prácticos, el baile no solía traer cambios reales ni relaciones inesperadas.

Una cosa era que durante una velada se rompieran las estrictas normas y divisiones sociales y otra que eso fuera para siempre.

Que se supiera, en las decenas de años que aquella recepción se venía celebrando, había salido un solo matrimonio desigual: el del anciano Duque de Hastings con una de las empleadas de un orfanato.

Y lo cierto es que algunas malas lenguas habían señalado que la desigualdad era más por edad que por riqueza, ya que el Duque contaba ochenta y cinco años y dos viudedades a sus espaldas cuando se había casado con aquella joven avispada de veinte años.

Era el único caso.

También se sabía que de aquel baile habían salido varias parejas que habían sido amantes, pero aquello no se salía de ninguna norma. En el mundo de la nobleza tener amantes de estratos inferiores era casi una norma que muy pocos varones se saltaban.

En cualquier caso, aunque los efectos de aquel baile no fueran a ser nada del otro mundo, en ese momento, pocos minutos antes de que diera comienzo, el nerviosismo y la excitación casi se podían tocar.

Las cuatro mujeres se acercaron a la zona más tranquilas que el resto de jóvenes que les rodeaban, pero también curiosas por lo que iba a venir.

—Vamos a ver la zona donde han puesto el ponche y los canapés, tengo sed.

Dijo entonces Mary, y las cuatro empezaron a moverse hacia allí, haciendo un pequeño giro en la dirección que habían llevado hasta ese momento.

Y justo entonces, Lizzy, que se encontraba a la derecha de Mary se chocó con un paseante.

Fue un choque ligero, nadie se hizo daño, pero lo suficientemente fuerte como para que ambos se pararan y se quedaran mirándose de frente.

En silencio.

Con los ojos bien abiertos por no dar crédito a que, entre todas las personas con las que pudieran haberse chocado, fuera precisamente esa.

Capítulo 37

Nicholas había salido del pabellón de caza cinco minutos después que Lizzy. Había decidido tomárselo con calma precisamente porque necesitaba no verla, al menos ese día.

Ya tenía claro que aquella pelirroja indómita había puesto su mundo patas arriba y también tenía claro que si la volvía a ver, ese día al menos, iba a resultarle muy difícil no volver a estrecharla entre sus brazos.

Necesitaba un tiempo para aclararse, para entender qué le estaba pasando.

Cuando había salido del pabellón, por tanto, había puesto especial cuidado en localizarla para poder esquivarla y no cruzarse con ella.

Un empeño difícil ya que el lugar estaba lleno de personas.

Viendo que no la localizaba, decidió marcharse.

No tenía obligación de estar allí, con el tiempo que había estado y tras saludar a los Reyes, era suficiente para cumplir. Así que se dirigió hacia la salida.

Para poder salir, debía pasar por la zona en la que iba a empezar el baile, así que se apresuró para hacerlo de manera rápida.

Y ese apresuramiento le impidió darse cuenta de que iba directo hacia Lizzy.

Lo supo cuando ya no había manera de arreglarlo, después de chocar con ella y de que ambos se quedaran mirándose, con los ojos como platos, ante la mirada atenta de Mary Cooper, Georgia Phillips y Rose Harris.

El silencio se hizo extensivo a todos. No solo ellos se quedaron sin palabras, sino que las tres mujeres se los quedaron mirando expectantes.

Ni Mary ni Georgia ni Rose sabían lo que acababa de pasar en el pabellón de caza, pero sí conocían el episodio impactante a las puertas de la cámara de los lores y el posterior encarcelamiento de Lizzy.

Por eso mismo, a ninguna de ellas le sorprendió la reacción de Lizzy y Nicholas tras el choque casual. Era normal que se quedaran paralizados al encontrar frente a la persona que le había embadurnado de barro, en un caso, y le había hecho encarcelar, en el otro.

Curiosamente, fue Rose, la más discreta de todas, quién rompió el hielo:

—Me alegro de verle, señor Conde.

Todos agradecieron su intervención, ya que la situación estaba siendo muy incómoda.

Aquello le ayudó a Nicholas a reaccionar también. Al fin y al cabo era un caballero acostumbrado a comportarse incluso en las situaciones más delicadas:

—Lo mismo digo, Vizcondesa de Rockfield —le dijo, mirándola a los ojos, y luego, pasando su mirada rápidamente por el resto de damas, añadió —Espero que lo estén pasando bien.

Mary, recompuesta de la impresión del momento, al ver que todo el mundo se estaba portando educadamente, tomó la palabra también:

—Sí, así es señor conde, estamos encantadas de…

Pero en ese momento empezaron los acordes de la primera pieza del baile y se quedó con la última palabra en suspenso.

Y fue entonces cuando Rose habló de nuevo, dejando a todos con la boca abierta:

—¿Por qué no baila con Lizzy, señor Conde?. De todas nosotras es la que más ganas tiene.

Capítulo 38

Se produjo un silencio sepulcral, que el bullicio de su alrededor no hizo más que dejar más patente.

Todo era inesperado.

Que a alguien se le ocurriera decir que Lizzy estaba deseando bailar.

Que se le ocurriera que quería bailar con el Conde de Skyland.

Que el Conde de Skyland fuera a aceptar bailar con la persona que le había llenado de barro.

Que quien había hecho esa propuesta insólita fuera Rose Harris, la mujer más discreta y comedida del mundo.

De ahí venía aquel silencio que se podía cortar con un cuchillo, pero, precisamente porque la propuesta la había hecho Rose, nadie se atrevió a contradecirla. Ni siquiera los dos protagonistas.

De hecho, Nicholas contestó lo único que podía contestar sin hacerle un feo a la esposa de un Vizconde:

—Por supuesto, señora vizcondesa —E, inmediatamente, se giró a su derecha y después de hacer una ligera reverencia, le dijo a Lizzy —:¿me concede usted este baile, señorita Turner?

Todos se habían quedado paralizados, pero Lizzy aún más. Ver a Nicholas Shaw a su lado ya había sido demasiado para ella. En el pabellón de caza había tenido que utilizar todas sus fuerzas para despegarse de él, de su cuerpo y sus caricias, aún lo echaba de menos, aún sentía como si le faltara el aire. Así que verlo frente a ella no hizo más que acentuar esas sensaciones y

hacerle más difícil el autocontrol.

No estaba, por tanto, como para enfrentarse a Rose, o como para organizar un desplante delante de todo el mundo.

Además, en realidad, estaba deseando estar de nuevo entre los brazos de Nicholas Shaw. Así que hizo lo único que podía hacer: asintió de manera silenciosa, dejó que él le pasara su brazo por la cintura y le cogiera la mano entre la suya, y se puso a bailar al ritmo de una melodía suave y dulce.

No tuvo tiempo de escuchar una voz conocida a su espalda diciendo:

—Hola Mary. Estás preciosa.

Capítulo 39:

La aparición inesperada de Charles McKay, que acababa de llegar de Escocia y había decidido presentarse en la recepción en el último momento, hizo que ni Georgia ni, sobre todo, Mary, tuvieran tiempo de seguir a los bailarines, ya que centraron su atención en Charles.

Mary, roja como la grana, bastante tenía con gestionar sus emociones: Charles no solo la había visto con su vestido, sino que acababa de hacerle un cumplido que jamás habría pensado escuchar de su boca. Ni de la de ningún hombre.

Y Georgia no quitaba ojo de lo que estaba ocurriendo entre Mary y Charles, ya que sospechaba hacía mucho tiempo que entre ellos había, o podía llegar a haber, algo más que amistad.

Fue Rose, por tanto, la única que se fijó en cómo estaban bailando Lizzy y Nicholas.

Y no puedo evitar una sonrisa pícara.

Rose, siempre tan discreta y callada, era una fina observadora y desde que había escuchado de boca de su marido lo ocurrido a la salida de la cámara de los lores, había pensado que allí había gato encerrado.

Conocía bien a Lizzy, había sufrido sus envites y malos modos al principio de su estancia en el hogar. Había visto cómo trataba a otras chicas, como Georgia, pero aquello era demasiado.

Entonces había pensado que aquella reacción tan desorbitada podía ocultar su opuesto, como tantas veces ocurría.

Media horab antes, cuando Lizzy se había alejado de ellas, la había seguido con la mirada y había visto cómo Nicholas Shaw entraba en el pabellón de caza y cómo Lizzy le seguía

hasta allí.

Luego había anotado que Lizzy estaba especialmente alterada cuando había vuelto a reunirse con ellas.

Y, finalmente, le había bastado ver la reacción de ambos cuando habían chocado ante sus ojos, le había bastado ver cómo se quedaban paralizados, sin poder quitar la mirada uno del otro y sin poder pronunciar palabra, para que sus sospechas iniciales se confirmaran.

Aquellos dos se gustaban.

Mucho.

Muchísimo.

Ella había pasado muchos años de su vida enamorada sin esperanza, sabía reconocer una mirada de admiración y deseo, y creía haberlas reconocido en ambos.

Por eso había roto su tradicional discreción y se había comportado un poco alocadamente.

Ahora los miró bailar durante unos segundos y decidió que su intervención llegaba hasta ese punto.

No iba a volver a propiciar nada. No era entrometida, solo lo había sido momentáneamente, pensando que aquellos dos solo necesitaban un pequeño empujón.

Lo había hecho, pero se retiraba. Esperaba que la fuerza del amor hiciera el resto.

Capítulo 40:

Rose lo tenía claro, pero los protagonistas eran ajenos a lo que ella había visto entre ellos.

Ninguno de los dos sabía lo que estaba pasando ni era capaz de ponerle nombre, solo sabían que, cuando estaban cerca, todo lo que habían creído seguro se tambaleaba.

Y que eso, de alguna manera, estaba bien.

¿Cómo podía estar bien aquello contra lo que habían luchado?

No lo sabían, no lo podían explicar, cada uno de ellos tenía su propio conflicto interior con lo que estaba ocurriendo.

Y algo en común.

Que estar en brazos del otro, girando en aquel jardín maravilloso al son de una música deliciosa, estaba siendo el mejor momento de sus vidas.

Al principio ambos esquivaron la mirada del otro. Bastante tenían con ordenar sus sensaciones contrapuestas. Aquello, sin embargo, en vez de resultar incómodo, les dio pie a ambos a concentrarse en lo importante, en las sensaciones y sentimientos propios.

Y a disfrutarlo, porque todo lo que estaban sintiendo estaba siendo bueno.

Lizzy se dio cuenta de que la calidez que le aportaba el brazo de Nicholas por su cintura y la de la mano grande de él sujetando la suya se extendían por todo su cuerpo.

Era una sensación maravillosa, de paz y de estar protegida. Una sensación que no era nueva, pero que había olvidado.

O había querido olvidar.

Era una sensación parecida a la que le habían proporcionado los abrazos de su madre. La sensación de estar en el lugar correcto y que nada malo te va a pasar manteniendote ahí.

En ese mismo instante, mientras giraba entre los brazos de la persona a la que peor había tratado en su vida, recuperó esa sensación perdida.

Y casi se echó a llorar de emoción.

No solo por lo que sentía, sino por darse cuenta de que buena parte de su carácter arisco e intratable derivaba de la pérdida de aquella sensación.

De la pérdida de la protección de su madre.

Ella no era brusca e irritante, se había convertido en eso. Se había convertido en una persona intratable, a la que todo el mundo temía o trataba con cautela.

Ella, de niña, había sido enérgica, pero también dicharachera y pizpireta. Y, sobre todo, feliz.

Aquel Conde con aspecto engreído, que la estaba trasladando entre sus brazos por el jardín real, estaba sacando todo aquello a la luz. Aquel caballero, que representaba precisamente lo que más había odiado desde la muerte de su madre, le estaba brindando una experiencia maravillosa.

Y lo asombroso es que no le estaba importando.

Al contrario, era como si él fuera el bálsamo que curaba sus heridas.

Alguien había escrito que el remedio es siempre el contrario y, al parecer, en su caso, tenía razón.

La persona más exasperante que había conocido en su vida, la persona que con su sola presencia le había puesto de un humor de perros y le había hecho reaccionar tan mal como nunca había imaginado, acababa de propiciar, con su sola presencia, con su único abrazo, que ella viera en qué se había convertido por culpa del asesinato de su madre.

La pieza musical que estaban bailando estaba llegando a su fin, pero desde que se había iniciado, algo había cambiado en Lizzy, para siempre.

Y Lizzy podía ser irritante y cabezota, pero no era cobarde.

Quería saber qué estaba pasando y solo había una forma de hacerlo.

Así que cuando los últimos acordes del baile sonaron, Lizzy quiso enfrentar la realidad, alzó su cabeza y enfrentó sus ojos a los de él.

Y lo que vio le asustó.

Y emocionó al mismo tiempo.

capítulo 41

“Soy yo”

La idea apareció de forma inmediata. No era la primera vez que fijaba su mirada en los ojos grises y profundos de él, pero hasta entonces lo había hecho, o con rabia infinita o con deseo infinito. Ambos, estados intensos que impedían ver más allá.

Ahora, por primera vez, estaba viendo los ojos de Nicholas Shaw como eran, sin el velo de sus prejuicios y sus deseos, y lo que vio fue a ella.

Fue como si se estuviera mirando en un espejo.

Nicholas Shaw, tan masculino, siendo ella tan femenina, tan en su sitio siempre, siendo ella tan imprevisible, tan por encima de todo manteniéndose imperturbable, siendo ella tan invasiva y alterada a veces, era ,en el fondo de su alma, igual a ella.

Ese tipo de verdades instantáneas aparecen y no es posible obviarlas. Ni negarlas.

Como ocurrió con lo que inmediatamente después se le apareció en la mente:

“A él le está ocurriendo lo mismo que a mi”

Ella apenas le conocía y había estado demasiado alterada las veces que habían coincidido, como para ver en él algo diferente a los prejuicios que tenía, sin embargo, en ese momento no tuvo ni una duda de que estaba accediendo a una parte fundamental del Conde de Skyland.

No tuvo ni una duda de que ella le estaba alterando a él de la misma forma que él a ella.

De que el mundo que hasta entonces había creído controlar, se le estaba tambaleando igual que a ella.

Que se estaba viendo a sí mismo en los ojos de ella.

Esta evidencia le dejó sin respiración,

Había terminado la música, pero ellos seguían con las manos entrelazadas mirándose.

Estaba pasando algo intenso y profundo.

Algo que empezaba a levantar murmullos a su alrededor, ya que su actitud sin música estaba empezando a resultar escandalosa.

Pero entonces la mirada de Nicholas Shaw cambió. Desapareció la comunión profunda que se había dado entre ambos y volvió el conde serio y educado.

Y habló:

—Miss Turner, siento lo que acaba de ocurrir en el pabellón de caza, le aseguro que no va a volver a suceder.

capítulo 42

Su voz, grave y contenida terminó de traer a Lizzy a la realidad.

Su cabecita rápida y ágil se había inventado todo. Entre ambos no estaba ocurriendo nada. Solo era ella quien estaba afectada por él.

Él seguía siendo el mismo Conde engreído, conservador, que despreciaba a las mujeres y las utilizaba tan sólo para su disfrute sexual.

Como había intentado con ella en el pabellón de caza.

Su nuevo plan de venganza había resultado un desastre. En vez de conseguir que él se fijara en ella, le había dado pie a que la despreciara de nuevo, esta vez de manera más dolorosa aún, porque ella, contra todo pronóstico, había empezado a sentirse atraída por él.

Pero buena era ella para dejarse ganar la partida sin dar una réplica:

—No se preocupe señor Conde, los apetitos de la carne son así, pero quedará entre los dos. Y pronto lo olvidaremos Yo ya lo he hecho.

Él parpadeó una milésima de segundo, un poco desconcertado. Y Lizzy se sintió orgullosa, ya que no sentía lo mismo que ella, que no creyera que ella se había quedado impresionada por lo ocurrido.

Que él pensara que lo ocurrido en el pabellón de caza le había parecido a ella algo olvidable era una pequeña victoria en su guerra particular.

Porque se habían puesto los dos de nuevo, en plan de guerra.

Una guerra sutil y soterrada respetando los convencionalismos sociales, por supuesto.

—Me alegro, Miss Turner, yo procederé a hacer lo mismo —contestó él. Luego, mantuvo un silencio intenso, agachó un poco la cabeza para acercarla a la de ella y, susurrante,

añadió —olvidarla.

Y como Lizzy no contestó inmediatamente, ya que el acercamiento de él le había vuelto a acelerar el pulso y no le estaba dejando pensar con tranquilidad, el remató su frase con una pregunta:

—¿Me lo va a permitir usted?

Un jaque en toda regla.

Ella había intentado ponerse por encima de él y él la había vuelto a dejar en “su sitio”.

Pero, por desgracia, tenía razón, era ella quien se había acercado a él siempre, era ella quien le había provocado con el barro, era ella quien le había retado a un duelo absurdo e incomprensible y, finalmente, era ella quien le había seguido al pabellón de caza.

Y quien le había besado primero.

Y Lizzy admitió la derrota.

Tenía que alejarse de aquel hombre, retirarse. No por lo que le acababa de decir, sino por lo mucho que le afectaba.

Por lo mucho que le gustaba.

Tenía que alejarse de él, olvidarlo, de verdad, y empezar una nueva vida, gracias a lo que había aprendido con la experiencia.

—Se lo voy a permitir, señor Conde. Le aseguro que no va volver a verme..

Dijo esta frase en tono serio, se giró y se alejó de él, a paso rápido, sin correr.

Dos minutos después salía por las puertas principales del jardín real sin despedirse de Mary, Georgia y Rose.

Sin mirar atrás.

Si lo hubiera hecho, habría visto que Nicholas Shaw seguía parado en el mismo lugar y postura que ella le había dejado, y que no había quitado ojo de su espalda mientras se alejaba.

Y que la expresión de sus ojos no solo no reflejaba victoria, sino una gran y enorme desilusión.

Y algo más.

capítulo 43:

No había pasado media hora desde que había llegado sofocada al alojamiento de mujeres, cuando la puerta de su habitación sonó.

De forma insistente.

Aquello era muy extraño. En general se respetaba la intimidad de la habitación de cada chica, ya había momentos comunes como la comida y la cena, y entre todas las chicas, se respetaba sobre todo la intimidad de Lizzy.

Si normalmente a Lizzy no le gustaba ser importunada, en aquel momento aún le gustó menos. Había llegado muy alterada después del baile con Nicholas Shaw y su posterior huída. Necesitaba tiempo, mucho tiempo, para poner en orden sus pensamientos y, sobre todo, para calmarse.

También, para ir cerrando poco a poco el agujero que la ausencia de Nicholas había dejado en su alma.

Porque eso era lo peor, lo que más le estaba torturando: comprobar que, desde que había estado entre sus brazos, había abierto la puerta de un abismo. Uno que solo se cerraba estando cerca de él. Pegada a él.

Lo olvidaría, seguro. Volvería a ser la misma de siempre. Bueno, la misma no, ya que su parte más salvaje, la que llevaba media vida buscando venganza, había sido derrotada, pero sí la misma joven enérgica y luchadora.

Pero para eso necesitaba tiempo.

Y media hora, desde luego, no era tiempo suficiente.

Sin embargo, la persona que estaba al otro lado de la puerta volvió a insistir con sus

golpes, ajena al terremoto interno que estaba viviendo Lizzy, y a ella no le quedó más remedio que abrir:

—¿Qué demonios…?

Abrió y empezó a hablar con tono enfadado, pero calló de golpe al ver que al otro lado estaba Moon.

Lizzy se quedó cortada, sin palabras, al ver que era ella y, sobre todo, al ver su expresión: indescifrable y misteriosa.

—Sé que Mary no lo permitiría, pero le he dejado entrar porque algo dentro de mi me ha dicho que era lo correcto.

Moon habló con su voz grave y aterciopelada, pero un poco atropellada. Y Lizzy se asombró más.

No había entendido nada.

Y eso fue lo que le dijo, vacilante.

—No… entiendo.

Entonces Moon cogió aire y le dio alguna explicación más:

—Ha venido preguntando por ti, está en la salita de las visitas.

Y nada más decirlo, se dio la vuelta y empezó a marcharse, aunque, cuando había dado dos pasos, se paró, se giró a mirarla y repitió algo que ya había dicho antes y que no hacía más que agrandar el misterio:

—Siento que es lo correcto.

Y entonces, sí, desapareció de su vista.

Lizzy no tenía ni idea de qué podía estar pasando. Sabía que Moon a veces entraba en una especie de trance y se comentaba que leía el futuro. Ella nunca había dado crédito a esas cosas, pero lo cierto es que Moon nunca había utilizado sus supuestas artes adivinatorias con ella.

Sin embargo, en lo que acababa de suceder y sobre todo en aquella frase: “siento que es lo correcto”, parecía haber algo de aquella artes adivinatorias.

Solo había una manera de descifrar lo que estaba ocurriendo: bajar a la salita de recibir y ver quién había ido a buscarla.

Se trataba de alguien a “quien no había debido dejar entrar”, según había dicho Moon. ¿Quién sería?

Lo cierto es que, si hubiera pensado un poco, la respuesta correcta habría aparecido en su mente, pero no lo hizo, y cuando abrió la puerta de la sala se quedó perpleja:

Frente a ella, de pie, con sus guantes y sombrero en una mano, en actitud relajada, pero seria, estaba Nicholas Shaw, Conde de Skyland.

Capítulo 44:

—Hola Lizzy.

Escuchar su nombre de sus labios fue como música celestial en sus oídos. Sintió como si se estuviera derritiendo por dentro.

Y le salió la respuesta sin pensar:

—Hola Nicholas.

A él pareció ocurrirle lo mismo que a ella, ya que parpadeó y sonrió.

Una sonrisa preciosa.

Una sonrisa que le empujó a abalanzarse hacia él, abrazarle y cerrar el agujero de su alma.

Pero no lo hizo, claro.

Ni tampoco lo hizo él. En su lugar, continuó hablando:

—Lizzy, desde el día que te conocí has puesto mi vida patas arriba. No solo por tus acciones, sino por lo que me has hecho sentir. Hoy ha sido un día especialmente intenso, pero no solo por lo ocurrido en el pabellón de caza, o cuando hemos bailado. Ni siquiera cuando has huído de mí abruptamente. No, lo más intenso y revelador ha sido cuando has desaparecido de mi vista y he entendido que no te volvería a ver.

A Lizzy le dio la sensación de que Nicholas estaba poniendo en palabras lo que ella había sentido. Aquello no hacía más que alterarla más. Y darle más ganas de echarse en sus brazos. Pero, al mismo tiempo, al haber superado el primer momentos de sorpresa, estaba consiguiendo tener control sobre sí misma y no hacer una locura

—Entiendo.

Dijo tan solo, tras escuchar a Nicholas, con la esperanza de que aquello sirviera para que continuara hablando.

Y Nicholas lo hizo.

Vaya si lo hizo.

—He venido, Lizzy, a pedirte matrimonio.

Capítulo 45

Habían pasado seis meses desde la última vez que había visto a Nicholas Shaw, cuando Lizzy decidió que ya no podía más.

Durante esos seis meses se había ido marchitando, como una planta sin agua, apagando, como el fuego sin aire.

Nadie sabía qué había ocurrido

Mary estaba muy preocupada.

Charles también.

Y todas las chicas del alojamiento, desde las más cercanas a ella, hasta las más alejadas, echaban de menos a la más combativa entre ellas.

Lizzy, a pesar de sus defectos, había sido el alma del lugar, para lo bueno y para lo malo, su falta hacía que el lugar fuera más tranquilo, pero también más aburrido y menos dinámico.

Pero nadie podía hacer nada para solucionar aquello. Nadie, fuera de la protagonista.

En su mano estafa curarse de la herida que le había provocado aquella apatía.

La herida era Nicholas Shaw.

Mejor dicho, la herida era la ausencia de Nicholas Shaw.

Al principio había soportado su desazón convencida de que pronto pasaría.

Pero no, no había pasado. Al contrario, cada día la ausencia de él se hacía más grande y tenía más impacto en su ánimo.

Lo que al principio había sido un agujero pequeño en su estómago, había ido creciendo, y amenazaba con devorarla entera.

No sabía por qué le estaba ocurriendo aquello, no sabía por qué una persona que

representaba lo que más odiaba, se había convertido en alguien tan necesario para ella como respirar o beber.

Pero así era.

Pero seis meses después del primer encuentro cuando ya no quedaba casi nada de la Lizzy de siempre, lo poco que quedaba de su anterior determinación y fuerza, tomó el mando:

—No puedo seguir así.

Lo dijo levantándose de golpe de la cama sobre la que llevaba horas tumba.

Solo había una manera de que aquel agujero enorme se cerrara, o que al menos el dolor que sentía se mitigara: volver a verle.

Su cabeza le decía que aquello era una mala idea, que no iba a hacer más que revivir todo y, peor aún, echarle de menos mucho más cuando dejara de verlo.

Pero llevaba seis meses haciéndole caso a su cabeza y no había servido más que para estar cada vez peor; así que se terminó de asear y vestir y salió del hogar.

Las pocas personas que le vieron salir: Alia Khan, Judith Stein y la propia Mary, se dieron cuenta de que algo había cambiado en ella.

capítulo 46

El día elegido, aunque por casualidad, había sido perfecto.

Al parecer, ese día se votaba una ley que interesaba a mucha gente y las afueras de la cámara de los lores estaban llenas de personas bulliciosas a la espera de conocer el resultado de la votación.

Aquello le sirvió a Lizzy para pasar totalmente desapercibida. Entre tantas personas era imposible que Nicholas Shaw la descubriera.

Al salir del hogar había tomado la precaución de ponerse un pañuelo sobre el pelo, así que lo más llamativo de su persona iba a quedar oculto.

Estaba claro que podía conseguir su objetivo con facilidad, así que se introdujo entre la multitud, que estaba bastante alterada, y esperó el momento de la salida de los lores.

Este se produjo en media hora, haciendo que el revuelo aún fuera mayor.

Al parecer, la resolución había sido apoyada por la práctica totalidad de los lores, lo que hizo que la multitud estallara en júbilo y también evitó situaciones desagradables como la que había provocado ella seis meses atrás.

Casi todo el mundo estaba contento, excepto un par de lores que habían perdido la votación y a quienes nadie hacía caso.

No formaba parte de ellos Nicholas Shaw, que salió como la mayoría de los lores exhibiendo una sonrisa. Sin estridencias, pero contento.

Y a Lizzy le dio una vuelta al corazón.

Era más alto, fuerte y atractivo que lo que recordaba.

De hecho, ocurrió algo curioso: aunque ambos estaban rodeados de personas, fue como

si todo el mundo desapareciera y solo estuvieran ellos dos.

EL corazón de Lizzy se tranquilizó y sintió como si se acompasaba al de él.

Y de nuevo todo encajó en el universo.

Se trató de su pura imaginación, por supuesto, él, de hecho, estaba bastante lejos de ella, y aunque había pasado su mirada sobre la multitud en el lugar donde estaba ella, no la había detenido.

No la había visto, por supuesto.

En cualquier caso, ese día a Lizzy le sirvió lo ocurrido.

Fue como encontrar una medicina para el sufrimiento y apatía que llevaba seis meses sufriendo.

No había necesitado más que verle para tranquilizarse y volver a ser ella.

Fueron un par de minutos tan solo los que disfrutó de su visión, luego él desapareció de su vista.

Ella se quedó hasta que la mayor parte de la multitud se dispersó y luego enfiló el camino de vuelta al refugio de mujeres, mucho más contenta que como había ido.

El efecto que tuvo en ella la visión de Nicholas duró unos días. Nadie sabía qué había pasado, pero en el hogar todas agradecieron que Lizzy volviera a parecer ella

Pero con el paso de los días el efecto se fue diluyendo y Lizzy necesitó más dosis de su medicina, que no era otra que volver a ver a Nicholas.

Volvió a la semana.

En aquella ocasión no había tantas personas esperando y tuvo que buscar mejor su escondite, pero lo consiguió, volvió a pasar totalmente desapercibida para él y ella volvió a cargarse de la paz y la felicidad que le daba verlo.

Y decidió que una vez a la semana, coincidiendo con el día en el que había votación, se presentaría en el lugar de incógnito y se llenaría de Nicholas, como le gustaba decirse a sí misma.

No sabía cuánto tiempo pasaría así, tampoco quería pensar demasiado. En aquel momento de su vida no quería pensar ni explicar nada, simplemente quería volver a sentir alegría

de vivir.

La alegría que había perdido cuando, incomprensiblemente y en contra de sus deseos, dejándose llevar por su orgullo y sus prejuicios, le había dicho que no a su proposición de matrimonio.

Ahora, seis meses después, sólo conseguía esa alegría volviendo a ver a Nicholas una y otra vez.

Y la dinámica se instauró y volvió una, dos, tres veces más.

Es decir, pasó un mes, y Lizzy, para los que la conocían, volvió a ser ella misma.

Y Nicholas no la vió ni una sola vez.

Aunque esto último, la quinta semana, se descubrió mentira.

capítulo 47

La había visto desde el primer momento, escondida entre la multitud y tapando su cabeza con un pañuelo discreto del que no asomaba un solo rizo rojo.

Daba igual, tenía un sentido especial para descubrirla, una brújula interna o como si un hilo invisible los uniera y tirara de ellos.

Los últimos seis meses, Lizzy Turner se había convertido en la persona más importante de su vida, precisamente porque no sabía nada de ella y no podía dejar de pensar en ella.

La petición de matrimonio le había sorprendido a sí mismo, pero no se había arrepentido ni un solo segundo después.

Ni siquiera cuando ella le había dicho que no.

La primera vez que una mujer le decía que no en su vida.

Y, aún así, volvería a repetir lo sucedido, no se arrepentía, porque sabía que no tenía otra opción.

Aquella mujer que había entrado en su vida llenándolo de barro, se había convertido en una obsesión para él.

Lizzy Turner era su destino y durante aquellos seis meses ya había llegado a la conclusión que su esposa iba a ser ella.

O nadie.

Nada de lo que le había ocurrido desde que ella había entrado en su vida encajaba en lo que había sido su vida hasta entonces. Ni en lo que él había planeado para el futuro.

Siempre se había imaginado casado poco antes de cumplir los cuarenta, después de haber

disfrutado de los placeres con el mayor número de mujeres posible.

Se imaginaba con cualquier joven noble, bonita y tranquila. La madre ideal que educaría a sus hijos en los valores de la clase alta. Que le atraería lo suficiente para procrear con ella, y también que sería lo suficientemente discreta y sumisa como para llevar con paciencia los devaneos que él, seguro, iba a empezar a tener al poco tiempo de casarse.

Lo normal en la alta sociedad, salvo casos contados.

Ahora ya sabía que eso no iba a ocurrir nunca. Después de conocer a Lizzy, de ser objeto de su ira , pero también de tenerla entre sus brazos, sabía que jamás podría casarse con nadie que no fuera ella.

Y aquello era un problema, claro.

Porque Lizzy le había dicho que no.

Y porque él estaba respetando su ausencia.

Así que el día que la había distinguido entre la multitud, escondida bajo un pañuelo gris, su corazón no solo había dado un vuelco sino que había recobrado la esperanza que durante los seis meses de espera había perdido.

Pero siguió sin dar un solo paso más.

Sabía que Lizzy era ingobernable y que si forzaba la situación ella reaccionaría mal.

Eso era precisamente lo que más le gustaba de ella: su carácter y su independencia.

Así que se limitó a esperar más ocasiones.

Y las hubo.

Lizzy volvió a aparecer, y lo hizo tomando cada vez menos precauciones, como si no le importara que él la viera.

Y la quinta vez que la vio, Nicholas tomó una nueva decisión.

Capítulo 48

Aquel día las cosas no habían funcionado igual.

Desde que había empezado a asistir a la salida de la sesión de la cámara de los lores, Lizzy no solo se había conformado con ver a Nicholas, sino que el beneficio de verle, la sensación de plenitud y paz, le habían durado varios días.

Pero aquel día no había ocurrido así.

Aquel día Nicholas estaba especialmente atractivo, con un traje azul oscuro, un chaleco de brocado en tonos iridiscentes y un pañuelo azul intenso al cuello.

Aquel día Lizzy no había sentido paz, sino una necesidad imperiosa de abrazarse a él, pegarse a su cuerpo y no separarse jamás.

Pasado el primer momento de disgusto, Lizzy no se sorprendió. Conformarse solo con verle le había servido al principio. Después de seis meses de ausencia, le había bastado. Pero ya llevaba cinco semanas viéndole y ya no era suficiente.

Había estado entre sus brazos, sabía lo que era eso y lo quería de nuevo.

Pero claro, no podía hacer nada más, no iba a dar un paso más.

Él se habría olvidado ya de ella.

Y ella…, ella era demasiado orgullosa para acercarse.

Mientras iba asimilando lo que le ocurría, lo perdió un momento de vista y ya no lo vio más.

Se habría ido a su palacio ya. Tendría que esperar a la siguiente semana para volverlo a ver, sabiendo de antemano que ya no iba a ser suficiente.

Lizzy emprendió la vuelta al hogar cabizbaja, temiendo que iba a entrar en una nueva

etapa gris de su vida.

Pero cuando pasaba por el parque donde ella le había sorprendido a él y le había retado en duelo, una voz grave y aterciopelada le hizo parar de golpe:

—Hola Lizzy Turner.

Nicholas Shaw, justo al lado del banco donde ella le había retado en duelo, de pie, alto e imponente, le miraba sonriente.

Capítulo 49

El orgullo era quizá la característica más desesperante que tenía Lizzy. Y la que más disgustos le había traído en su vida.

En vez de sonreírle ella también a él, lo que deseaba, en vez de abalanzarse a sus brazos, lo que deseaba aún más, el orgullo tomó posesión de sus actos y le hizo ponerse seria y rígida y, después, con muy malas pulgas, contestar:

—¿Qué haces aquí?

Pero Nicholas no se asombró, al contrario, sonrió. Al parecer, la conocía mucho mejor de lo que ella pensaba.

—Esperarte, Lizzy, sabía que ibas a pasar por aquí.

—¿Me has estado espiando? —continuó ella, sin bajar un ápice su tono desagradable.

—No, Lizzy, la que me has estado espiando has sido tú.

Lizzy pegó un bote y se dispuso a contestar, pero se quedó sin palabras.

Quizá Nicholas la había visto ese día… Cautelosa, le preguntó:

—¿Por qué dices eso?

—Porque llevas cinco semanas esperándome a la salida de la cámara de los lores.

La había pillado. No había forma de negar aquello, pero Lizzy, fiel a su forma de ser, tuvo un intento de revolverse, obviando lo que acababa de escuchar y contraatacado:

—¿Qué quieres de mí?

Y Nicholas soltó una carcajada antes de contestar:

—Lizzy Turner, eres increíble. LLevas cinco semanas persiguiéndome y solo se te

ocurre darle la vuelta a la situación. Eres tú quien debería darme explicaciones y decirme qué quieres de mí —se quedó un momento en silencio, para que Lizzy asimilara lo que acababa de decirle, pero luego continuó hablando —En cualquier caso, tienes razón, yo también quiero algo de tí, aunque no te haya perseguido para conseguirlo.

Lizzy abrió los ojos como platos y dijo, tenuemente, con miedo a escuchar lo que él quería decirle:

—¿Qué?

—Quiero repetirte la única pregunta importante que he hecho en mi vida: ¿quieres casarte conmigo?

Capítulo 50

Dos meses después, Lizzi y Nicholas retozaban sobre la amplia cama matrimonial del palacio de los Condes de Skyland.

No en vano, ambos eran el Conde y la Condesa.

Se habían casado el mismo día que Nicholas le había vuelto a pedir en matrimonio.

No había sido fácil aquella segunda vez tampoco, porque Lizzy, dejándose llevar por la inercia del orgullo, había vuelto a decirle que no, en contra de sus deseos y sentimientos.

Pero Nicholas no se había rendido y se lo había repetido tres veces más hasta que ella, con los ojos anegados en lágrimas, había aceptado por fin que Nicholas era su destino.

Su amor.

Se habían abrazado y besado después, con hambre atrasada, no de meses, sino de siglos.

Era como si hubieran estado destinados el uno al otro desde el principio del mundo. Y era la fuerza de esa ausencia infinita la que los empujó uno hacia otro y les hizo buscar una iglesia cercana para casarse, utilizando como testigos a los dos únicos feligreses que rezaban en la iglesia en ese momento.

Desde entonces solo se habían separado cuando las obligaciones de él se lo habían exigido.

Habían hecho una fiesta de celebración, a la que habían acudido todas las chicas del hogar, además de la flor y nata de la aristocracia británica, pero, sobre todo, habían empezado a convivir juntos.

Y las cosas no podían ir mejor.

¿Discutían?, sí, muy a menudo. Y en esos casos ella le llamaba a él “señor Conde” y él a ella, “señorita Turner”, pero aquellas discusiones no los alejaban, sino que los acercaban más.

Porque ambos necesitaban el acicate que el otro suponía para sus vidas, pero también porque las reconciliaciones eran maravillosas.

Porque el sexo…

Para Lizzy había sido algo nuevo, nunca había tenido sexo con nadie antes, pero sabía que lo que tenía con Nicholas era diferente y especial.

Maravilloso.

Y Nicholas, que sí tenía una amplia experiencia, lo corroboraba.

Aunque ya llevaban dos meses casados, el deseo por el otro no sólo no había disminuido, sino que aumentaba día a día.

Retozaban por las noches y por las mañanas. Retozaban en cualquier ocasión que estaban solos, en cualquier esquina.

Y aquello les hacía estar más unidos y felices.

Quiza aquella fiebre por el cuerpo del otro se iría atenuando con el paso del tiempo, no les importa, sabían que lo que tenían no era solo sexo, sino una unión profunta e intensa de sus almas.

Pero quizá no se atenuara nunca.

Y eso también estaría bien.

FIN

Querida lectora, espero que hayas disfrutado con la historia de Lizzy y Nicholas. Es la tercera novela de la saga **“Damas Indómitas”**. La próxima novela ya en preventa, es “La luna y el Duque” .

También tengo que anunciarte que en breve, el 9 de agosto, voy a sacar una novela corta e independiente. Puedes leer la sinopsis y comprarla en preventa, si te gusta, en el siguiente enlace: “Una flor en Escocia”.

Por otro lado, tengo publicadas tres sagas más: **“Los Cornwall”**, cuya primera novela puedes encontrar aquí: “No necesito un vizconde“ . Las Arlington, cuya primera novela es “Duelo de seducción” y la serie **“Solteronas”**, cuya primera novela es “Un marqués para una solterona”

El resto de mis publicaciones y novedades las tienes en mi página personal de Amazon.

Olympia ❦